





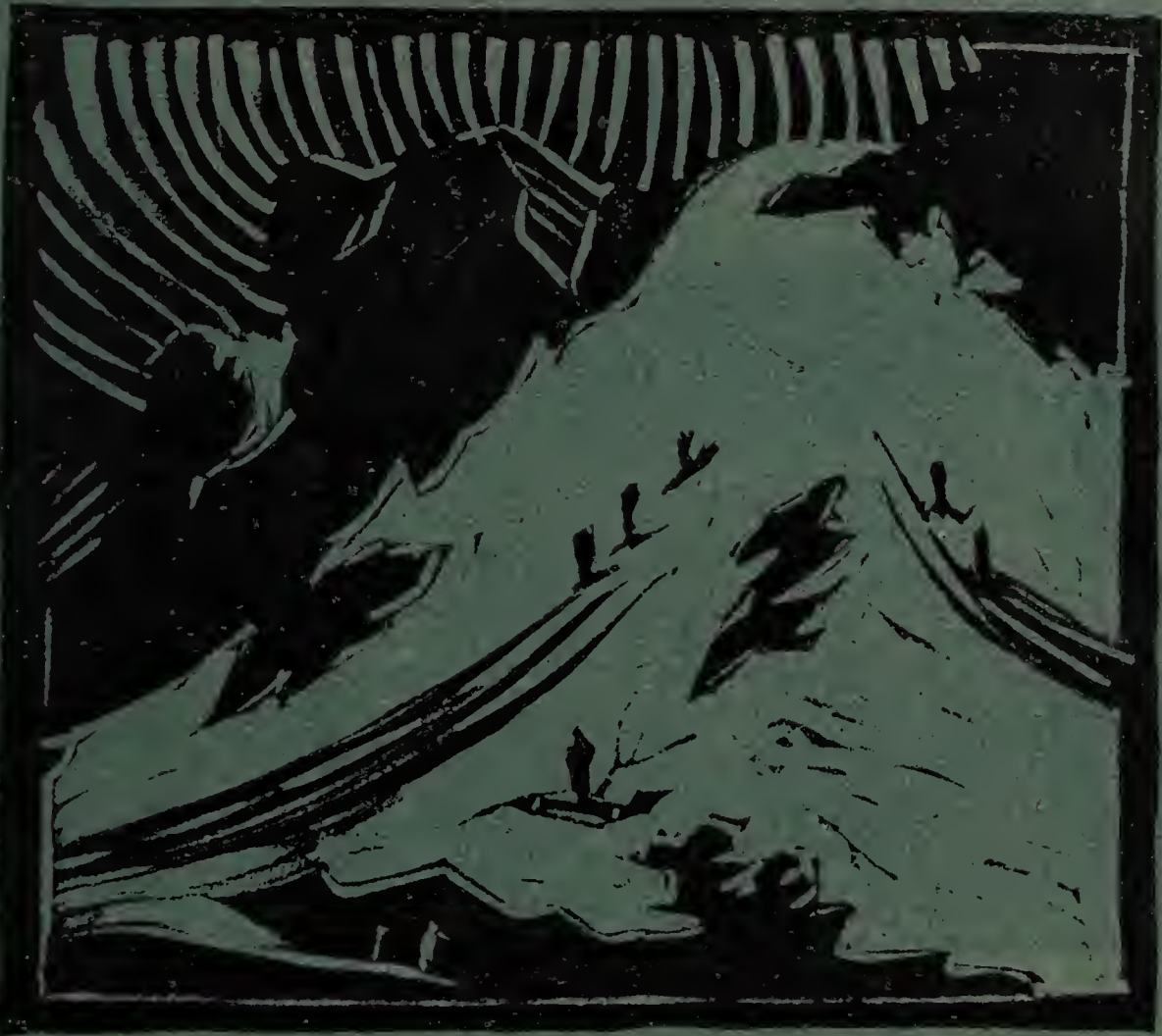
Digitized by the Internet Archive  
in 2018 with funding from  
Princeton Theological Seminary Library

<https://archive.org/details/estudios4441unse>

L.A.P.

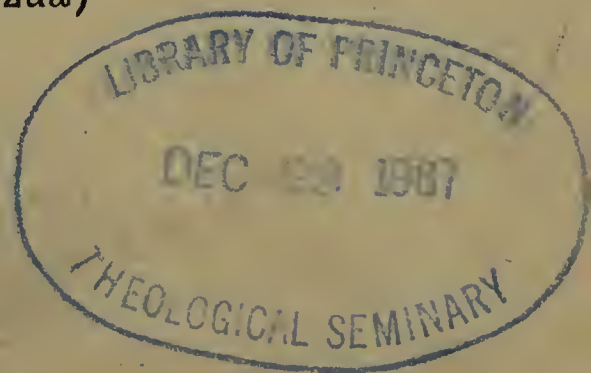
# ESTUDIOS

---



(Linóleo de Jorge Velasco Urzúa)

44



# ESTUDIOS

REVISTA MENSUAL

Secretario de Redacción: JAIÑE EYZAGUIRRE  
CASILLA 13370 — SANTIAGO DE CHILE

AÑO IV

15 de JULIO de 1936

Núm. 44

Se reciben suscripciones en las Librerías:

**Zamorano y Caperán**

Compañía 1015

**LIBRERIA CLARET**

**Avda. 10 de Julio 1140**

(ENTRE SAN DIEGO Y GALVEZ)

**Cultura Católica**

Delicias 1626

Valor de SUSCRIPCIÓN Anual: en el país \$ 22.—

en el extranjero 1 dólar

**En venta en las principales**

**Librerías de Santiago y Provincias**

**“NOTAS EDITORIALES”:**

“Descentralización administrativa” . . . . .	2
“En defensa de la raza” . . . . .	3
“La anarquía europea” . . . . .	5
“El subsidio familiar y las cajas de compensación”, por Clemente Pérez Pérez . .	9
“La educación nueva”, por Alberto Hurtado . . . . .	14
“Chesterton”, por Roque Esteban Scarpa . . . . .	34
“Créditos y tasa del interés”, por Carlos Keller . . . . .	39
“La polémica de los anglicanos” en “El Times” de Londres, por Diego Dublé . . . .	49

**“ECOS DEL EXTRANJERO”:**

“Comunismo y Fascismo” . . . . .	59
----------------------------------	----

**“NOTAS BIBLIOGRAFICAS”:**

“Manual Jocista”, por Luis María Murcia . . . . .	67
“Aristóteles y la filosofía moderna”, por Clarence Finlayson . . . . .	69
“Política corporativa”, por Alberto Müller y Joaquín Azpiazu . . . . .	70

# NOTA EDITORIAL

## Descentralización administrativa

**U**NA de las grandes reformas que intentó abordar la constitución de 1925 fué la de la descentralización administrativa. Al estudio de la misma consignó varios artículos y con el objeto de propender efectivamente a su implantación dispuso el establecimiento de las Asambleas provinciales.

Pero es el caso de que hasta la fecha — y lleva la Carta fundamental once años de vigencia — las aspiraciones descentralizadoras, lejos de realizarse en la práctica, son cada vez más pospuestas. No se han creado las asambleas provinciales, y ni siquiera se han respetado las atribuciones propias del municipio. Día a día nuevos servicios centralizados en la capital van despojando a las autoridades locales del ejercicio de sus legítimos derechos de inspección y vigilancia comunal. Todo lo resuelve la burocracia santiaguina, desde la educación que ha de impartirse en la escuela de un lejano pueblecillo hasta el agua potable que han de beber sus habitantes y la pavimentación del camino por donde diariamente transitan. Y esta horrible tiranía se mantiene a pesar de las legítimas protestas de las provincias, pospuestas por una capital que todo lo enguye, y de las comunas totalmente abandonadas, que han de entregar sus rentas al Estado para que éste las distribuya en servicios que en nada las beneficia e interesa.

Despojadas totalmente de verdadera jurisdicción y sin fondos para emprender obras de adelanto local, nuestras municipalidades languidecen y mueren, y lo peor es que con ellas languidece y muere también toda la vida local que se va haciendo día a día menos tolerable.

Pero ¿qué importa todo esto a la burocracia que usufructúa de las direcciones generales radicadas en la capital y a los partidos políticos que sostienen esta enorme máquina para apagar en algo el insaciable apetito de sus miembros?...

En defensa de la raza

**E**L problema de la perpetuación de nuestra raza, que va en rápida destrucción minada por el alcoholismo, la tuberculosis, las enfermedades sociales, la mala alimentación, la pésima vivienda, el escaso salario, etc., no puede continuar posponiéndose por más tiempo. Urge ya una política integral que aborde con decisión este problema aterrador del cual depende todo el futuro de nuestra nacionalidad. No bastan las medidas aisladas, ni resultan suficientes los generosos esfuerzos de los particulares que impulsados por un sentimiento de caridad buscan la manera de aliviar la miseria de nuestro pueblo. Porque aquí no se trata simplemente de un caso de diversidad económica que ha existido y existirá siempre entre los hombres sino de un envilecimiento tal que hace que el estado de nuestro pueblo difiera apenas en muchos casos del de los animales. Y para elevar a estos hombres denigrados a la categoría de seres racionales, que les corresponde de pleno derecho, urge la acción inmediata de la autoridad pública. De muchos sectores han brotado voces que señalan la necesidad de abordar este problema y a ellas se ha unido últimamente la de un diputado de la izquierda, el señor Carlos Müller, que se ha referido a la situación de la infancia abandonada.

Y sin duda que la tragedia del niño reviste en Chile caracteres especialmente pavorosos. La mortalidad del niño menor de un año es de 237 por mil y la ilegitimidad de 370 por mil, cifras ambas las más altas de Europa y América. El señor Müller ha hecho bien en despertar la atención de sus honorables colegas, a menudo descuidado en cuestiones de menor importancia, frente a un hecho que nos deshonra altamente. Pero lo que no puede menos de sorprender es que haya mostrado más conocimiento de lo que se hace en pro de la infancia en Rusia, Inglaterra, Alemania y México, que cita como ejemplos, que de lo que ya se está realizando en nuestro país. El señor Müller alaba la labor desarrollada por el Politécnico de Menores de San Bernardo, pero presenta a este último como lo único existente al silenciar por entero la actividad que desde hace dos años practica el Consejo de Defensa del Niño.

Y sin embargo este último, es el primero que ha intentado abordar el problema del niño en su aspecto integral.

Según se lee en su memoria recientemente publicada, presta ayuda en sus hogares a más de ocho mil

pequeños indigentes y proporciona asilo a más de dos mil niños desamparados. Sin duda esta labor resulta insignificante si se la compara con las necesidades hasta el presente insatisfechas, y que exigen una urgente atención. Pero no por ello puede desconocerse el esfuerzo de ese benemérito organismo que cuenta con recursos por demás ínfimos. En su última memoria advierte él mismo, desde luego, que “hay más de mil solicitudes de auxilio que parecen fundadas y a las cuales no ha sido posible aún atender por falta de elementos de acción social, a la vez que por la limitación de los recursos disponibles”. Y es necesario tener presente que se trata de mil familias cada una de las cuales se compone de numerosos hijos. “Es sensible dejar testimonio — consigna la misma memoria — de que a pesar de que la Dirección del servicio ha procurado evitar los auxilios a los casos en que la miseria proviene de deficiencia de salario por carecer del dinero suficiente para ello, se ha visto, sin embargo, precisado a prestarlo en muchos casos en que se ha acreditado el esfuerzo de los padres y la imposibilidad de éstos para alimentar a seis, ocho y diez hijos. La práctica de estos servicios nos hace agregar nuestro ruego al que se oye de uno a otro extremo del país en orden a la urgencia de la edificación sana y barata y a la regulación cristiana del salario, en particular en el caso de la mujer, que es las más de las veces lamentablemente explotada”.

Los innumerables proyectos de ley presentados últimamente al Congreso tanto por el Ejecutivo como por los parlamentarios en orden a determinar el salario mínimo en la agricultura y en las demás ramas de la producción, indican al menos que ya está preocupando el problema aun a los sectores que habían sido tildados hasta ahora de más indiferentes.

Claro está que no han faltado las protestas de los eternos impugnadores de todo mejoramiento social. Los intereses creados en peligro debían hacer oír su eco. “Algunos partidarios de la teoría liberal — anota Don José Errázuriz desde las columnas de “El Diario Ilustrado” — se han cubierto la cabeza de ceniza por esta intromisión del Estado en los negocios particulares, pero no levantaron sus voces cuando se fijó el precio del trigo artificialmente. Y hay que convencerse que una de las condiciones para que haya la paz social tan deseada es tener obreros con el estómago lleno y vestidos decentemente”. Y aunque el último argumento puede con razón ser calificado de materialista, ya que se hace valer al obrero como una máquina aprovechable y no como un sujeto de derechos, no es fácil llevar al convencimiento con proposi-



ciones más altas a los que blasonan de espirituales y en la realidad se mueven al impulso del más cruel materialismo.

### La anarquía europea

**E**L desorden social ha tomado en Europa en los últimos meses un carácter por demás inusitado. El espectáculo de anarquía e inseguridad de España, Francia y hasta Bélgica, exhibe contornos alarmantes para los demás países del orbe. Se trata de una ofensiva universal contra el capitalismo, pero no tan solo contra este régimen económico, que al impulso del ideario individualista ha cometido incontables abusos, sino también contra los principios de religión, patria y familia que hasta ahora han servido de base a toda civilización bien entendida. No es pues sólo el derrumbe de un principio económico anti social lo que ahora se intenta, pues de serlo así los verdaderos católicos, inspirados en la fuente inagotable de caridad del Evangelio, no tendrían de qué alarmarse. Se trata en realidad de algo más grave y es que conjuntamente se quiere ahogar en la refriega los últimos restos de espiritualidad que aún se conservan en el occidente a despecho de ciento cincuenta años de materialismo liberal. Y ante esta dualidad del problema radica precisamente la dificultad de obrar del católico, porque al actuar en defensa del patrimonio divino, ha de cuidarse muy bien de ligar su persona al carcomido carro del capitalismo agónico.

El espectáculo de España no puede ser más desolador. Un diario publicaba allí, el 16 de Diciembre último, el siguiente recuento de lo ocurrido en cincuenta y cuatro meses de República: “Dos parlamentos. Veintisiete crisis. Ochenta y tres ministros. Diecisiete partidos en el Poder. Una revolución con más de 2.500 muertos. Siete intentonas revolucionarias de los anarcosocialistas. Nueve mil huelgas. Cinco prórrogas del Presupuesto. Dos mil millones de aumento en los gastos del Estado. Miles de Ayuntamientos suspendidos. Una ciudad — Oviedo — saqueada e incendiada por las turbas. Una Universidad, joyas de arte universalmente admiradas y más de ochenta mil libros, totalmente destruidos. Más de doscientas iglesias y conventos incendiados. Ciento catorce periódicos de derechas suspendidos. Dos años y pico con ley de Defensa. Otros dos años con leyes de excepción y con censura. Centenares de millones de pesetas perdidos en jornales y producción a causa de huelgas y conflictos. Seiscientos mil obreros parados”.

Y esto no es todo. Entre el 16 de Diciembre y la fecha en que escribimos cuánto no ha ocurrido en la Península. A manera de muestra veamos el balance leído en las Cortes por el Sr. Calvo Sotelo y que comprende sólo los acontecimientos verificados entre el 1.º de Abril y el 4 de Mayo últimos, es decir apenas durante un mes: “Muertos 47; heridos 216, de los cuales casi 200 graves; huelgas de toda especie, 38; bombas y petardos, 53; incendios totales o parciales, y en su mayor parte de iglesias, 52; atracos, atentados, saqueos, agresiones, etc. 99. Hay una variedad casi infinita en los hechos englobados en estas cifras; es un cromatismo verdaderamente siniestro, en el que pueden apreciarse todos los matices de la maldad, de la barbarie suelta, del salvajismo y también ¿por qué no decirlo? de la autoridad ausente, cuando no cómplice. No falta en esta gama horrísima ninguna, absolutamente ninguna, de las notas inhumanas imaginables por los hombres que tengan el espíritu más delirante... La nota analfabeta, inconcebible, incalificable, que define todo un momento histórico y una situación y una fase política, de esos energúmenos de Polanco, pueblo natal de Pereda, una de las más finísimas glorias de la literatura española, que saquearon la casa en que había nacido Pereda y que estaba convertida en museo dedicado a perenne homenaje y recuerdo de su memoria. La nota zafia, de esa cafrería suelta que ha destruído infinidad de cruceros artísticos y cruces visigóticas, perenne recuerdo de la tradición y muchas veces, además, magníficas joyas del arte nacional y de la riqueza española...”

“Combatís el fascismo, — ha dicho con razón el Conde de Gamazo al Frente Popular — os duele el fascismo y yo os digo que el fascismo lo creáis vosotros. En las elecciones por Valladolid estuve enfrente de Primo de Rivera. En aquella elección ¿qué pocos votos tuvo en España! Pues bien; yo os digo que en las elecciones de Cuenca, en los pueblos donde yo he estado, digan lo que digan las actas, los primeros lugares eran para Primo de Rivera. Esa es vuestra obra”.

En Francia, si bien no se ha llegado a la violencia y a los horrores de España y hasta el presente no se ha verificado un solo atentado anti-religioso, el ambiente dista de ser tranquilizador. Las huelgas se suceden una tras otras y el Gobierno se muestra impotente para contenerlas o condesciende manifiestamente con ellas. Los atentados contra la propiedad son abundantes y ya son numerosos los casos de obreros que han tomado posesión de las fábricas y expulsado de ellas a los patronos.

El caso de Bélgica, aunque menos grave que los anteriores en el aspecto social, no deja por ello de causar preocupación, pues se suma a la actividad disolvente un ahondamiento del espíritu separatista flamenco y del nacionalismo de los habitantes alemanes de Eupen y Malmedy, que pone en peligro la unidad del Reino.

Se trata pues, en suma, de la liquidación de un régimen.

Y queremos una vez más insistir en lo ya dicho al principio de esta nota. El momento resulta por demás agudo para el católico que le corresponde actuar en esos medios erizados de problemas. Por una parte ha de defender con su sangre, si es necesario, el patrimonio de verdades que le legara el Dios mártir, pero por otro ha de cuidarse de ligar este patrimonio con las contingencias y creaciones humanas en desmoronamiento y de formar de esta manera un todo inseparable. El momento es propicio, en cambio, para mostrar con entereza que el acento de fe sólo se ha puesto en los principios divinos, pero que no alcanza ni cubre conjuntamente a las instituciones de los hombres. Y tanto más cuanto ellas envuelven un sentido de injusticia y de explotación que el católico, si es consecuente, ha de repudiar con toda energía. No está demás recordar el ejemplo de libertad y caridad dado hace apenas un mes por el Arzobispo de París, Cardenal Verdier, que ha sabido distinguir lo justo que había en algunas de las reivindicaciones auspiciadas por el Frente Popular y reconocer la lentitud e indiferencia de muchos católicos para acudir a remediar los males existentes.

“A pesar de las mejoras que han sido introducidas — son sus palabras — la miseria, agravada aún más por la crisis mundial, pesa sobre el mundo obrero. Múltiples programas han sido propuestos en todas las escuelas y en todos los partidos. ¿Puedo recordar que la Iglesia, por conducto de León XIII, hace ya 50 años, y recientemente por conducto de Pío XI, denunció las deficiencias de nuestro orden social, recordando al mundo la verdadera justicia y la sabia ecuanimidad que exige la solución del problema obrero? Si la enseñanza hubiese sido mejor comprendida, muchos de los males de que sufrimos actualmente, habrían podido ser evitados. Ante las deficiencias de nuestro orden social, debemos, ante todo, golpearnos el pecho. Ante los desórdenes, que se multiplican, me dirijo a todos, recordando las palabras de Cristo: “El que esté libre de pecados que lance la primera piedra”. Pero después de hacer esta confesión, debemos ponernos a la obra, pues la conciencia de todos nosotros se impone en estos momentos graves del deber; el deber para todos, patronos y obreros, habitantes de las ciudades y de los

campos, moralistas, pastores y fieles, de ayudar a la solución del problema económico que nos acongoja. El sufrimiento universal coloca a este problema en primera fila y le atribuye carácter sagrado... Tenemos el deber de decir lealmente lo que nuestra conciencia nos dicta como la mejor solución de ese problema y dejar enseguida a nuestras instituciones normales el cuidado de tomar medidas efectivas y justas. Fuera de este camino están el error, el peligro y el abismo. Todo cristiano sincero y todo francés digno de ese nombre, debe tratar de hacer volver entre nosotros a la paz, la concordia y la verdadera fraternidad, contribuyendo valientemente y sin vacilaciones a la construcción del orden nuevo que todos anhelamos”.

**“ESTUDIOS”** publicará próximamente:

«Hispano América», por Rafael H. Elizalde

«El verdadero concepto de Justicia Social», por Carlos Hamilton.

«La economía universalista de Othmar Spann», por Antonio Cifuentes

«El Cristo de la ciencia alemana, por Ricardo Cox»

«El Stakanovismo», por Javier Lagarrigue Arlegui.

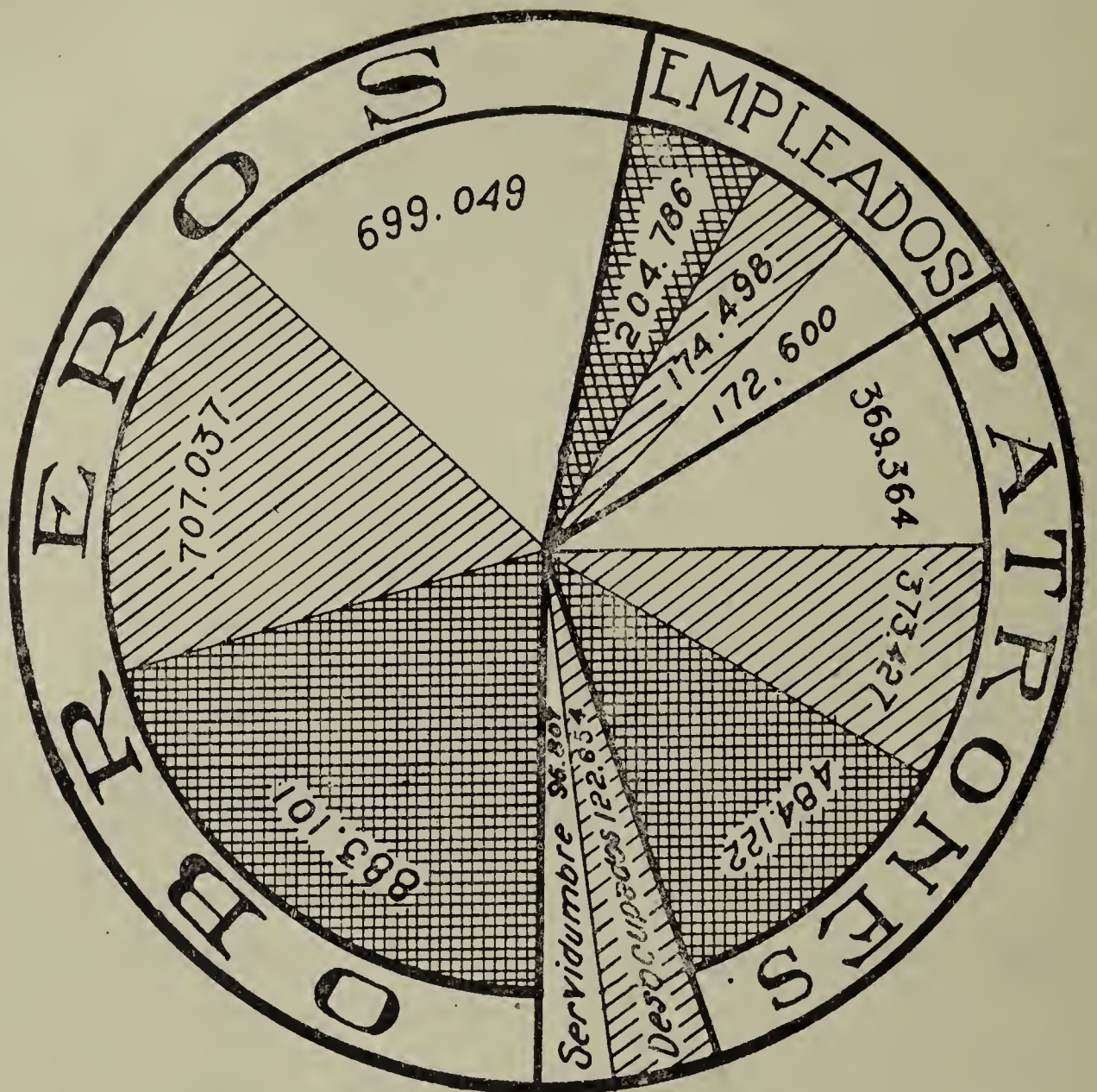
«El rol de los Consejos de Economía Nacional», por Jaime Eyzaguirre».



«Descentralización administrativa», por Alejandro Silva Bascuñán.

«La Economía dirigida en la Rusia soviética», por Alfonso Santa Cruz.

«Victor Pradera y el Estado Nuevo», por Osvaldo Lira.





 *Familiares menores de 14 años*  
 " *mayores de 14 años* } *Inactivos*  
*En blanco*      *Activos*

POBLACION CHILENA SEGÚN EL CENSO DE 1930

Clemente Perez Perez

## El subsidio familiar y las cajas de compensación

Entre los problemas que más nos han preocupado últimamente, podemos anotar con justicia el del salario. Estudios privados, folletos, discursos, proyectos en las Cámaras, completos estudios de la Comisión nombrada por el Gobierno para este objeto, acuerdos patronales, etc, en general han surgido toda clase de iniciativas para mejorar la situación de la clase asalariada. Ella constituye la parte más numerosa de la población y se descompone según el censo del año 1930, en 699.049 obreros que con sus familiares mayores y menores de 14 años, completan 2.289.187 almas, o sea 53,61 % de la población total del país; en 172,600 empleados, que con las demás personas a su cargo suman 551.884, es decir el 11,88 % de la población; y en los sirvientes y desocupados, estos últimos disminuídos casi por completo a partir de 1933. O sea, se procura solucionar el urgente problema de la remuneración del 71,15 % de la población total del país.

Según los estudios de la Comisión de Salarios nombrada por el Gobierno, la totalidad de los obreros de la agricultura (104.569 inquilinos y 238.158 afuerinos) individualmente considerados, ganan un salario bastante inferior al vital, es decir, no ganan lo suficiente para ellos, sin considerar a sus familias, o sea, el 49 % de la población activa de los trabajadores del país. Si consideramos la situación de los obreros que trabajan en la minería e industria, y la de los empleados, individualmente considerados se encuentran estos por regla general en una situación mucho mejor que los primeros; pero desde el momento que se toman en cuenta las cargas de familia, el problema se agrava y debemos concluir que el 55 % de los habitantes del país. (cálculo aproximado y optimista) dado el monto de los jornales o sueldos, carece de lo necesario para su normal subsistencia.

De acuerdo con lo anteriormente expuesto, se presentan dos problemas: el del salario mínimo individual y del salario familiar.

Es necesario antes de avanzar, dejar establecido que hablemos de salario mínimo individual, tomando esta palabra en un sentido restringido, puesto que según el Cod. Social de Malinas "el salario mínimo debido en justicia por el patrono"

es "el salario vital", el que "comprende la subsistencia del trabajador y de su familia, y el seguro contra los riesgos de accidente, enfermedad, vejez y paro", a fin de evitar las confusiones que habitualmente se hacen al considerar el salario mínimo individual como sinónimo de vital.

Por ser el problema del jornal mínimo individual, dentro de lo complejo, de más fácil solución, no lo analizaremos en este artículo y pasaremos a estudiar uno de los correctivos del salario individual, los subsidios familiares, que podríamos definir como cuotas o sobresalarios que se pagan a los empleados y obreros con el fin de ayudarlos económicamente al establecer su familia o a medida que aumenta el número de hijos a su cargo. Estos subsidios pueden constituir un salario familiar si sumados a los jornales base satisfacen las necesidades de la familia, lo que depende del monto de los jornales base, de los subsidios y de las necesidades.

Es interesante conocer los esfuerzos realizados en algunos países para lograr la implantación del subsidio familiar. M. León Harmel, católico social francés, estableció a comienzos del siglo una "Caja de Familia" en su fábrica de hilados de Val de Blois. Posteriormente la idea se fué perfeccionando y en el año 1916, gracias a las iniciativas de M. Marcesche, Presidente de la Cámara de Comercio de Lorient y de M. Romanet, sufrió favorables modificaciones. Considerando éstos las dificultades del sistema individual, tales como la competencia con los empleadores que no concedían subsidios, es decir, que pagaban salarios inferiores, la carga que significaba para algunos patronos que ocupaban en su mayoría personal con familia, en relación con los que no lo hacían, y finalmente, la circunstancia de que muchos empleadores despedían a los obreros casados para tomar solteros; crearon y organizaron el sistema dominado de las Cajas de Compensación. Este sistema solucionó los dos últimos problemas, pero no así el de la obligatoriedad de pagar subsidios para evitar la competencia. Por tal motivo el Estado francés se vió en la necesidad de legislar sobre la materia y lo hizo en el año 1932. Paralelo al experimento francés, en Bélgica se trataba también de ayudar a las familias numerosas e igualmente en Italia, en el 1934, por acuerdo entre las Confederaciones Fascistas de Industriales y de Trabajadores de la Industria se creaba una institución semejante, la Caja Nacional de Integración para Asignaciones Familiares. Tres tendencias con el mismo fin pero llevadas a la práctica en distinta forma.

En Francia, se mantienen los servicios con la sola cooperación de los patronos, mediante Cajas independientes, controladas por organismos especiales, como las Comisiones De-



partamentales y Comisión Superior de Subsidios Familiares, integradas por los particulares directamente interesados, por representantes parlamentarios y del Gobierno, todo bajo la dependencia del Ministerio del Trabajo. En Italia, se conceden los subsidios por la cooperación de los patrones y obreros, en una sola Caja para todo el Reino, dependiente del Ministerio de las Corporaciones, cuyos servicios están adjuntos al Instituto Nacional Fascista de Previsión Social. En Bélgica, en fin, se otorgan los subsidios por la cooperación del Estado y de los patrones, mediante organismos particulares, controlados por el primero. Además de estas diferencias que son las fundamentales en estos países, existen otras de menor importancia como el monto de los subsidios y las garantías o beneficios que se conceden, que no analizaremos. (1).

Mucho se ha discutido teóricamente sobre las ventajas e inconvenientes de los sistemas antes expuestos. Con un criterio práctico y nacional veamos cuál conviene más a nuestro país. Aprovechando las experiencias extranjeras podemos afirmar que un sistema mixto daría muy buenos resultados. Adoptaríamos el criterio descentralizador y de libertad controlada del sistema francés, la cooperación patronal y obrera del italiano y la asignación estatal del belga, estableciendo al mismo tiempo mediante una ley, la obligatoriedad de adherirse a una Caja de Compensación.

Para los efectos del funcionamiento de este sistema en Chile sería necesario dividir el país en las siguientes zonas: I.—Tarapacá y Antofagasta; II.—Atacama y Coquimbo; III.—Aconcagua; IV.—Santiago.—V.—O'Higgins y Colchagua; VI.—Talca, Maule y Ñuble; VII.—Concepción y Arauco; VIII.—Bío-Bío; IX.—Cautín y Valdivia; X.—Chiloé y Aysen; y XI.—Magallanes. En cada una de estas zonas debiera establecerse a lo menos una Caja de Compensación, autónoma, encargada de repartir los subsidios entre los diferentes trabajadores de la región. Estos organismos autónomos estarían integrados por representantes municipales, de los intendentes, de los patrones y obreros, de los inspectores del trabajo, etc., a fin de mantener la debida unidad de sus servicios. Por otra parte debería establecerse en Santiago un organismo que tuviera a su cargo la coordinación y control de los servicios de las diferentes Cajas en el país y el estudio de las medidas encaminadas a mejorar los servicios de subsidios, determinar el monto de los mismos, la distribución de las cuotas estatales o municipales, la concesión

(1) En Abril último se ha presentado a la Cámara de representantes del Uruguay un proyecto de ley para establecer la asignación familiar sobre la base de Cajas de compensación mantenidas con la contribución mensual de los patrones.

de otros beneficios, como primas por nacimientos, servicios sociales, etc. Este organismo dependería del Ministerio del Trabajo y estaría integrado por representantes de las Cajas, de los otros servicios de bienestar social del país, de los Ministerios de Agricultura y de Salubridad, de la Dirección de Estadísticas, etc.

No creemos necesario entrar en mayores detalles acerca de la organización de las Cajas, aunque sí estimamos, en cambio, conveniente decir por lo menos algo del monto de las contribuciones con que se costearían estos servicios.

Como se ve en el gráfico, por cálculos aproximados se ha determinado el número de niños que se beneficiarían con los subsidios: 883.101 hijos de obreros y 204.786 de los empleados, es decir, un total de 1.087.887 menores de 14 años.

Por otra parte, según cálculos no definitivos del Ministerio del Trabajo, el total de Jornales pagados durante el año 1935 ascendía a 1.084 millones de pesos. Ahora bien, de acuerdo con estos antecedentes veamos las posibilidades de aplicación práctica y calculemos éstas sobre la base de un 15 % del monto total de jornales pagados en 1935. De esta cantidad habría que descontar por lo menos un 10 % para atender al personal necesario para el buen funcionamiento de estos servicios e imprevistos, y un 10 % para fondos de reserva. El antes indicado 15 % asciende a 162 millones 600 mil pesos y quedaría descompuesto, conforme a lo ya dicho, en las siguientes partidas: una de 16 millones 260 mil pesos para gastos de personal y demás en que se incurre en un servicio, otra de 16 millones 260 mil pesos para fondos de reserva, y una tercera de 130 millones 80 mil pesos, para el pago de los subsidios. Al repartir estos subsidios entre 883.101 niños y prescindiendo del aumento de los gastos en relación con la edad, llegaríamos a la conclusión de que correspondería a cada menor la suma de \$ 147.40 al año, o sea de \$ 0.403 diarios.

Como se ve, el subsidio en estas condiciones es bastante escaso lo que se debe principalmente a lo bajo de la totalidad de los salarios. Sin embargo, este defecto se subsanaría mediante los intereses que produzcan los fondos de reserva por una parte y por otra con los aumentos de salarios que fatalmente deberán hacerse.

Estas cuotas deberían prorratearse entre los tres interesados: el Estado, como encargado del bien común, los Patronos, a quienes corresponde pagar un salario vital, tomando esta palabra en su verdadero sentido y los Obreros, en especial los solteros, por la solidaridad que deben a sus compañeros del trabajo. Claro está que correspondería a los

patrones pagar las cuotas más altas, al Estado una cuota inferior y a los obreros una proporción mínima.

Finalmente, hay que dejar constancia que si bien es cierto que en los primeros tiempos de aplicación del sistema los subsidios serán muy bajos, debido a las causas que hemos anotado, no lo es menos que ésto quedará compensado por la atención que se proporcionará a los obreros y empleados por las visitadoras sociales de las Cajas. Serán ellas las que directamente se entiendan con los beneficiarios y sus familias, para llevar a estos el mejoramiento espiritual y material, que tanto necesitan, como ha sucedido en todas aquellas partes en que se ha requerido su intervención.

El mejor tónico cerebral

**F i t o s a n**

del Instituto Sanitas.

A base de fósforo, calcio y magnesio.

Alberto Hurtado, S. J.

## La Educación Nueva

La psicología pedagógica ha propuesto en el terreno educacional una serie de problemas de una complejidad extraordinaria. Diversos sistemas educacionales y psicológicos se han ofrecido a dar la solución. Todos ellos pretenden aportar la única solución. El behaviorismo americano, más conocido con el nombre de psicología científica; las psicologías profundas, de origen alemán entre las cuales las más célebres son el psicoanálisis y la psicología individual; la pedagogía empírica tan vieja como el hombre, de todos los tiempos y países; los sistemas de "educación nueva" todos ellos se disputan la explicación de la ciencia positiva de los fenómenos psicológicos en sus relaciones con la educación. ¿Tal pretensión es justificada? ¿La solución psicológica de la pedagogía se identifica con una de estas tendencias o por el contrario las supone todas y las sobrepasa? Antes de dar la respuesta, analicemos estos diferentes movimientos, veamos los elementos psicológicos y pedagógicos que nos ofrecen.

Comenzaremos nuestro estudio por la educación nueva, el más discutido de estos diferentes movimientos y el que ofrece mayores perspectivas de aplicación escolar.

¿Qué se debe entender por Educación Nueva? El nombre es ciertamente equívoco, pues cada nuevo sistema que ha sido ensayado en el decurso de los siglos se ha presentado con el título de nuevo, título verdadero si se tiene en consideración que tal sistema significaba una renovación con respecto a lo que hasta entonces era conocido. Pero nos referimos aquí a la educación nueva, dando a este nombre un sentido más preciso, el de un conjunto de tendencias bien precisas, renovadoras de la educación actual, que procuraremos pronto descubrir. Estas tendencias son designadas por sus propulsores con el nombre de educación nueva, escuela activa, escuela del trabajo, sistema de proyectos, método Montessori, método Decroly, Dalton plan, sistema Winecken, educación progresiva, escuela serena, escuela grata, comunidades escolares, sistema inglés... y varios otros nombres que designan variedades de ideología en tesis importantes o de método didáctico.

En la Educación Nueva hay dos elementos que integran este concepto: 1.º un método didáctico sobre cuya amplitud se puede disputar mucho, pero constituido al menos por ciertos principios fundamentales, ciertas tendencias u orientacio-

nes pedagógicas; y 2.º un sistema pedagógico-filosófico, o, si se quiere, una filosofía de la educación. Ambos elementos son con mucha frecuencia confundidos y mezclados. A esto se debe que no hace mucho tiempo distinguidas personalidades mantuvieron en los periódicos argentinos una agria controversia sobre la Educación Nueva, sosteniendo ambos partidos vistas diametralmente opuestas sobre la compatibilidad de las doctrinas de la Educación Nueva con la moral católica. Más acertados habrían estado si no hubiesen aprobado o condenado en bloc el sistema, sino que se hubiesen dado la molestia de distinguir los elementos que lo integran. A veces, con todo, esta selección de los conceptos fundamentales no resulta fácil, porque los mismos educadores se han encargado de dificultarla integrando aún los principios metodológicos en un sistema filosófico que ellos presentan como la única explicación, y único complemento de tales doctrinas. Así más de un profesor universitario que creía imposible hacer una separación de los principios metodológicos y los filosóficos de un pedagogo como Dewey, a menos de renunciar a lo esencial del sistema y quedarse únicamente con un núcleo de doctrinas generales, tan generales que pierden lo específicamente deweyano. Tal separación, con todo, parece posible; más aun, es necesario hacerla, y al obrar así no desfiguramos ni amenguamos las conclusiones pedagógicas de sus autores, sino que únicamente las despojamos del ropaje filosófico que les da la pretensión humana.

Hay en los sistemas de educación nueva, descubrimientos verdaderamente geniales observaciones sobre el alma del niño, sobre el proceso natural del aprendizaje llenas del mayor interés... Pero el hombre no se contenta con eso, sino que, ufano con su descubrimiento, quiere integrar esas perlas en una filosofía, corona de las ciencias. Y con demasiada frecuencia pasa que tales pedagogos son excelentes pedagogos, psicólogos por naturaleza, pero pésimos filósofos... Y no sabe uno qué admirar más, si las intuiciones del espíritu sobre el alma del niño, o las incoherencias filosóficas de doctrinas tomadas de aquí y de allí, mezclas de términos bergsonianos, juntos a la ley biogenética, a la recapitulación universal, al relativismo de todo conocimiento.

Las realizaciones de la Educación Nueva comprenden también una gama muy variada de tendencias: desde las escuelas como la de las Rocas de Francia, fundada por Demollins y dirigida actualmente por Berthier, más semejante a los colegios tradicionales por su espíritu y el fondo de su ideología, difiriendo únicamente por la mayor libertad de los niños, participación en la dirección del Colegio y por la importan-

cia atribuída a los trabajos manuales; hasta las realizaciones enteramente libertarias, como las en un tiempo célebres escuelas de Hamburgo, verdaderas repúblicas infantiles en las que todo estaba entregado al libre arbitrio de los niños, y la Odenwald Schule, la famosa fundación de Geheb con coeducación, y dirección del colegio por el consejo de alumnos. Entre estos extremos hay una gradación de realizaciones escolares, algunas de las cuales insisten en los trabajos manuales, otras en el estudio en contacto con la naturaleza, otras en la lucha contra el libro de texto, otras en la socialización del niño, otras en el dibujo como instrumento de expresión, sin pasar muchas de ellas más allá que del simple uso de estos medios.

En tanta diversidad es indispensable hacer claramente una separación de elementos, ver cuál es el descubrimiento psicológico, cuál la nota humana puesta en relieve por esa tendencia y despojarla de todo el pretendido aparato científico, de toda la ideología filosófica, pues tratamos de hacer ciencia, obra positiva y no de elucubrar nociones filosóficas. La ciencia, el hecho científico se impone al respeto de todo el que constata su existencia; la elaboración filosófica es completamente independiente del hecho mismo. Los hechos verdaderos descubiertos por estos científicos filosofantes, en cuanto hechos, han de amoldarse con un sistema filosófico verdadero; y por tanto un hombre que crea estar en posesión de la verdad en filosofía, no tiene por qué temer ningún hecho que se le presente como plenamente comprobado, pues la verdad no puede oponerse a la verdad. (*Serva veritatem et veritas servavit vos*).

Por otra parte autores de mucho peso juzgan enteramente independientes los elementos pedagógicos y filosóficos en este sistema. M. Fauconnet, profesor de Pedagogía en la Sorbona dice: La orientación de la nueva pedagogía es independiente de cualquier filosofía particular, y más aún conciliable con los más diversos y hasta opuestos sistemas". Kilpatrick, profesor de pedagogía en Columbia University, dice que la Escuela Activa, considerada bajo el punto de vista teórico, se concreta a un aspecto de método en la educación. Lo cual es muy verdadero si se tiene en cuenta que el movimiento nació de una mirada al individuo, considerado con un criterio democrático; la escuela activa por tanto ha de tener consecuencias sociales; para ser plenamente realizada necesita por tanto ser **completada** por una teoría social adecuada, fundada en el estudio cuidadoso de las situaciones sociales. En este sentido la Escuela Activa no basta ni puede bastar para una teoría escolar completa. "Esta afirmación de

Kilpatrick equivale a indicar que el movimiento activista de suyo no es más que un movimiento de método escolar, que necesita ser **completado** y comprendido en un movimiento filosófico. Claparède en su introducción a *L'école et l'enfant*, la obra del filósofo de la Educación Nueva, Dewey, dice: "La psicopedagogía de Dewey, aunque es la expresión fiel del pragmatismo, no está en modo alguno ligada a la suerte de esta doctrina. Dewey mismo no pronuncia ni una sola vez la palabra pragmatismo en toda su obra educativa, y ésta pudo igualmente bien haber sido concebida por un psicólogo o un biólogo a quien no hubiesen preocupado jamás las cuestiones de filosofía teórica". Un comentador chino de Dewey, Ou Tsuin Chen, dice que si se puede hablar de fundamentos filosóficos del sistema de Dewey, es únicamente en el sentido de como las experiencias pedagógicas no menos que los otros trabajos intelectuales de Dewey, han sido los medios de que se ha valido para formar un sistema filosófico más comprensivo y sintético; su sistema filosófico ilumina y explica más clara e inteligentemente su pedagogía, pero sin que haya subordinación entre estos dos sistemas, sino una pura y feliz coincidencia".

Podríamos multiplicar indefinidamente estas citaciones de profesores que han estudiado a fondo las doctrinas de la Educación Nueva y que están contestes en reconocer la separación de campos: el de la pedagogía y el de la filosofía. Si esta división es, pues, aceptable, podemos sin escrúpulo alguno aceptar todas las contribuciones psicológicas y pedagógicas del movimiento novador, sin que por ello nuestra ideología filosófica sufra en lo más mínimo. Más aún, podemos pretender incorporar esos aportes positivos dentro del cuadro de nuestra filosofía y pedirle a ella una explicación adecuada. La verdad reconoce como suyo todo lo que es verdadero y lo explica en función de sus principios.

Esta actitud conciliadora está muy de acuerdo con la actitud constante de la Iglesia Católica. León XIII se ha referido en una de sus encíclicas "al alma de verdad que encierra todo error". Todo lo que es verdadero interesa a la Iglesia y lo reconoce como suyo, y se apresura a darle un sitio en la síntesis de su doctrina. Poco le importa que estas doctrinas vengan de campos opuestos y que aun hayan sido elaboradas con la intención de dañarla. Si hay en ellas un fondo de verdad, la verdad misma no podrá dejar de simpatizar con ellas. Es uno de los hechos más asombrosos este poder de asimilación de la Iglesia. Ha hecho suyas las doctrinas más extrañas sin cambiar nada de su esencia ni de su naturaleza íntima. Las mismas herejías no son más que una

ocasión de hacerle ver en el tesoro de la revelación aspectos nuevos que nunca había considerado y que la ayudarán a adaptarse a las exigencias de los tiempos que cambian. El humanismo, esa vuelta al paganismo en el arte y en la literatura y en la filosofía, parecía destinado a substituir la concepción pagana de la vida a la concepción cristiana, pero la Iglesia purificó esos elementos, mostró el valor humano que encierran, y los adoptó como medio de formar la juventud, medio obligatorio en sus seminarios. El Cientismo, cuyos primeros descubrimientos metieron tanto ruido y escándalo, no está condenado por la Iglesia, sino que alentado de todas las maneras posibles, y ahora todo el mundo se ríe de la objeción que hace algunos años ocupa el primer lugar en los manuales de apologética de la oposición entre la ciencia y la fe. Por lo demás no es esto algo nuevo. ¿Acaso San Agustín no cristianizó a Platón, y Santo Tomás a Aristóteles, cuyos escritos fueron mirados al principio con tanta desconfianza, y hoy constituyen no la doctrina oficial de la Iglesia, porque el catolicismo como tal no tiene un sistema filosófico católico, pero sí la doctrina oficial de las instituciones católicas?

Una obra semejante pensamos que debe ensayarse con los movimientos conocidos con los nombres de Educación Nueva. Hay que descubrir los elementos de verdad que encierran e incorporarlos en la gran síntesis de la pedagogía perenne.

Al comenzar este estudio conviene notar que el movimiento de la Educación Nueva no ha de confundirse en manera alguna con los movimientos modernos de psicología estrictamente experimental del tipo de la tendencia behaviorista americana. Los pedagogos de la Educación Nueva se complacen en llamarse también "experimentales"; pero en realidad tal nombre no les conviene con propiedad. No hacen estos pedagogos las largas y prolijas investigaciones de laboratorio o escolares; ni reducen de ordinario sus resultados a gráficos, ni los resumen en una cifra que exprese una correlación. Apesar de que gustan llamarse experimentalistas, están al extremo opuesto de esta tendencia mecanicista... En los legítimos representantes de la Educación Nueva domina más bien el sentimiento, la intuición afectiva del alma del niño, lo que no es raro, pues entre las grandes figuras del movimiento, hay muchas mujeres que quieren resolver los problemas pedagógicos con alma de madre. No que sea todo corazón en este movimiento, sino que también hay mucho de discurso bien fundado y un estudio atento de la naturaleza del niño y de la naturaleza de la sociedad, de las exigencias de la civilización actual y de la capacidad de rendi-



mientos del niño. Esta tendencia afectiva sin embargo le es característica y se pone bien en claro al estudiar la historia del movimiento que comenzó por el deseo de educar a los anormales y deficientes mentales y de capacitar para la vida a estos pobres seres. Por ellos comenzaron Montessori, Decroly y tantos otros, y de ellos han pasado a estudiar las aplicaciones de sus métodos a los niños normales.

Una nota común a todos los sistemas que se llaman de Educación Nueva es el de la crítica acerba de los planes de estudio generalmente existentes, memoristas recargados, inútiles. Pretenden todos ellos que la enseñanza ha de ser más realista, ha de preparar más para la vida, ha de ser ella la vida misma como se expresan algunos—"Education is life and not preparation for life";—ahora bien no se prepara un niño para la vida dándole a devorar toneladas de nociones verbales desconectadas de la realidad. Atacan todos ellos crudamente el sistema enciclopédico que forma pretenciosos psitacistas, incapaces de emitir un juicio personal y de descubrir una verdad. Se ensañan todos estos autores contra esos métodos de disciplina intelectual que pretenden formar a un niño enseñándole de memoria todos los diálogos que escribió Platón e indicándole también de memoria todas las bellezas literarias que contiene cada uno de ellos; que le atosiga con una lista de todos los grandes pensadores, con la fecha de su nacimiento y una lista de sus obras; que le enseña a expresar sus pensamientos obligándole a aprender de memoria todos los preceptos de la literatura; que pretende transmitirles las lecciones de la historia haciéndole aprender de memoria el día y el año de todas las batallas de Napoleón y la lista de todos los soberanos que se sentaron sobre cada uno de los tronos de Europa y en el sillón presidencial de todas las repúblicas de América; y que le pone en contacto con la naturaleza haciéndole retener las listas de todos los países con sus capitales, recursos, condiciones geográficas y que puedan señalar en el mapa cada uno de los puntos importantes de cada uno de los países del mundo... Hay en todos los autores de la educación nuevas páginas llenas de ironía amarga al referirse a estos defectos fundamentales que todos a una combaten.

En la parte positiva están con todo mucho más divididos. Las líneas más generalmente aceptadas por todos son las siguientes: substituir el concepto lógico de la educación por el concepto psicológico. Esto equivale a reemplazar el programa inflexible de lo que **debe** ser aprendido y ordinariamente aprendido de memoria por lo que **puede** ser aprendido

por lo que le conviene al niño aprender, por lo que siente interés el niño por aprender. Nada de programas inflexibles que valgan para toda clase de niños, en toda época del año, en todas las regiones del país: esa es una concepción lógica. Ella fué la predominante en Francia hace algunos años, pudiendo gloriarse el Ministro de Educación que él sabía en un momento dado lo que se estaba estudiando en todas las escuelas de la República; y sabía exactamente lo que se enseñaría dentro de una hora... Contra esta concepción protestan enérgicamente los novadores y dicen: esa asimilación uniforme es deformativa. Cada individuo es una personalidad diferente dotado de distintas capacidades, distintos intereses, distintas posibilidades de producción. Adaptemos por tanto la enseñanza a cada individuo en particular y partamos en cuanto sea posible de los intereses del niño para la enseñanza que le hemos de dar. No de un concepto abstracto establecido en el programa, sino del interés que se despierta espontáneamente en el alma del niño, o que el maestro hábilmente ha suscitado. Tomemos pues de ese interés espontáneo y alrededor de él instruyámosle dándole las nociones de lenguaje, literatura, ciencias, historia, connexas con él; saquemos las conclusiones morales que de esa situación se desprenden. Todo esto será mucho más fácilmente asimilado por el niño, puesto que está vivamente interesado en conocer la respuesta, ya que la situación problemática que la ha suscitado es real. El problema, entonces, de cómo enseñar, los pasos formales que constituyen una enseñanza apta tal como los concibiera Herbart, es un problema que ha de ser descentrado y se convierte en este otro: cómo podremos hacer que el niño aprenda mejor; cuáles son los intereses espontáneos de la niñez a una época determinada, cómo suscitar y completar los intereses correspondientes, cómo centralizar los conocimientos que han de ser adquiridos alrededor de estos centros espontáneos de interés. El problema del "teaching" se convierte entonces en el problema del "learning". Esta individualización de la enseñanza trae consigo también un problema de disciplina escolar. Hasta ahora los bancos escolares estaban hechos para escuchar lecciones en el interior de una clase, en los cuales los alumnos habían de sentarse en forma tranquila y silenciosa para escuchar y repetir... La nueva concepción de la enseñanza individualizada, y partiendo de los centros de interés del niño, transforma la clase en un gran taller en que cada niño se documenta, reúne materiales, observa, anota, dibuja, expresa por escrito sus observaciones, consulta sus dudas con los libros, los compañeros y el profesor. Y, lo que es más frecuente, en lugar de traer la vida a la clase, llevan la clase a la vida, al campo, al bos-

que, a la fábrica y allí los niños aprenden la realidad de los problemas que se discuten en el mundo del siglo veinte en que están ellos viviendo.

Estas líneas, que de intento dejamos en su carácter de generales e indeterminadas, constituyen, por decirlo así, el programa esquemático en que coinciden las diferentes tendencias de educación nueva. Hay una diversidad enorme de tendencias dentro de este programa básico insistiendo una más en el concepto de expresión personal, de intereses espontáneos otras, de formación de la libertad, de adaptación al medio social... Y aun dentro de cada grupo caben todavía los matices más diferentes. La "National Society for the Study of Education" sometió en su reunión anual de 1934 una serie de 30 proposiciones sobre los temas más importantes que constituyen el ideario de la escuela activa; cada una de estas proposiciones era expresada en cinco formas diferentes que indicaban un matiz más o menos intenso de reacción contra el sistema opuesto; ahora bien, todos estos matices obtuvieron adherentes, dominando, si bien es cierto, la forma media que se aparta igualmente de los extremos de carácter reaccionario y del carácter disolvente. Otros esfuerzos han sido intentados para unificar todas estas tendencias y se ha fundado en Ginebra, y después en París una oficina internacional de las escuelas nuevas; se han reunido al efecto diferentes congresos internacionales como el de Calais, Vigo, y el último de los cuales fué celebrado el año pasado en Escocia. Fruto de estos congresos han sido una serie de proposiciones que contienen el programa básico de carácter muy general, demasiado general para apreciar concretamente el movimiento: y por otra parte estas proposiciones no han sido universalmente aceptadas por las distintas escuelas nuevas: de modo que hasta no hace mucho sólo había una escuela, la Odenwaldschule que había aceptado plenamente el programa fundamentado. The Progressive Education Association, The National Society for the Study of Education en 1934 y antes la Société Pédagogique de la Suisse Romande, habían intentado igualmente una codificación de los principios fundamentales; pero no obteniendo sino resultados muy parciales.

Lo que podrá darnos una cuenta más cabal del movimiento será, pues, el recorrer rápidamente su historia y las influencias que se han ejercido para darle los rumbos actualmente dominantes.

Hay quienes pretenden negar la novedad de la Escuela Nueva. Así el profesor Casotti en el Congreso de Educación Secundaria de la Haya de 1933 indicó abiertamente que todas estas novedades eran tan antiguas como la educación y que

se contenían substancialmente en los métodos empleados por la Compañía de Jesús y consignados en su célebre "Ratio Studiorum". Sin negar en manera alguna que en este documento se cotienen muchos principios de actividad como son los ejercicios, las disputas escolares, el interés dado a la composición de los alumnos, no parece que pueda verse en él ese conjunto de principios que hemos expuesto más arriba; sobre todo que esos principios se aplican allí a una enseñanza libresca organizada según la concepción lógica de la enseñanza pues era casi desconocida entonces la orientación psicológica y realista de la instrucción.

Ni menos es posible ir a buscar los predecesores de la Escuela Nueva en Platón y en Santo Tomás, aunque contengan principios sobre la actividad del estudiante y afirmen explícitamente el principio básico de que la formación de un alma sólo se obtiene por su transformación, su simpatía profunda, en función de la doctrina estudiada.

Precursores remotos del movimiento los encontramos desde antiguo. Vittorino da Feltre (1378-1466) sostenía que la escuela debe ser un sitio en que no sólo se estudie, sino que se juegue; y él en la Casa Giocosa de Mantua empleaba los juegos para enseñar a los pequeños; insistía en el ejercicio físico por su influencia en los procesos mentales, creía en una disciplina mitigada, y establecía el principio de seguir la dirección de la naturaleza en la formación de cada alumno. Erasmo, y sobre todo Montaigne, representan una revolución más acentuada contra la enseñanza libresca dada en ese tiempo y que consistía en transmitir a los educandos un código de prácticas y de etiquetas exigidas por las formalidades de ese tiempo. Ellos por el contrario insisten en la necesidad de una "teste bienfaicte plutost que bien pleine" como decía sabrosamente Montaigne en su francés arcaico. Con todo no parecen haber insistido tanto como lo dicen algunos novadores, en el estudio de la naturaleza directamente, sino que su estudio de las cosas se hacían aun en los libros. Comenio fué más lejos recalcando la tendencia humana hacia la actividad y condenando severamente la inacción. El niño debía ser instruído por las cosas en que se ocupa continuamente. Pedro Severino le sobrepuja en este sentido llegando a decir a sus hijos: "Go my sons... burn your books... buy yourselves stout shoes, get away to the mountains, search the valleys, the deserts, the shores of the sea and the deapest recesses of the earth".

El impulso más fuerte lo recibió esta tendencia de Rousseau. El Emilio fué escrito como una protesta contra la concepción dominante del niño en el siglo XVIII que lo con-

sideraba como un adulto en pequeño. Concibe él la educación como un crecimiento de las capacidades espontáneas del niño, que ha de basarse en el conocimiento de sus intereses. Este es un aporte a la pedagogía, que él hace resaltar con su estilo romántico. Emilio es una reacción contra el convencionalismo social. La naturaleza quiere que el niño sea niño antes que sea hombre, pues la infancia tiene maneras peculiares de ser, de pensar y de sentir.

Rousseau inspiró a Pestalozzi quien aplicó el principio de la necesidad de percibir la naturaleza en la enseñanza objetiva, que degeneró desgraciadamente en un puro formalismo. Con todo una cosa queda en pie y es el deseo de aprovechar al niño haciéndole servirse de sus propias observaciones. “Mi experiencia me enseña — dice — que el éxito depende de que lo enseñado aparezca a los niños como verdadero por estar íntimamente ligado con su propia experiencia”.

Froebel dió un paso más. En sus kindergarten propulsó la idea de enseñar por medio del juego. “El aprender una cosa en la vida por medio de la acción, desarrolla, cultiva y fortifica más que aprenderla únicamente por medio de la transmisión verbal de las ideas. La libertad necesaria para desarrollar esta actividad personal lo mismo que las actividades sociales, son plenamente recomendadas por Froebel. Desgraciadamente las ideas filosóficas de Froebel le hicieron desvirtuar el ejercicio de la actividad del niño orientándola hacia los juegos previamente establecidos a los que reconocía un valor simbólico. Los principios de Froebel inspiraron directamente los primeros propulsores del movimiento propiamente novador, como Woodward y sobre todo Parker, los primeros en lanzar estas ideas en Norte-América.

En esta rápida revista de los principales propulsores de la Educación Nueva no podemos pasar en silencio el nombre de Tolstoi. Nacido en 1828 consagró su vida a estudios educacionales, impregnados de tendencia social. El previó la profunda transformación social que había de traer consigo el cambio de las condiciones de trabajo, transformación a la cual había de adaptarse la escuela. Partidario en política de un régimen de libertad, emplea en cada página de sus obras la palabra predilecta de libertad inspirando así el movimiento comunista teóricamente partidario de la libertad, a pesar que luego ha constituido la gran opresión. Tolstoy y los filósofos pragmatistas americanos son los inspiradores de la reforma de Lunatcharsky que transformó la escuela rusa.

Estas grandes figuras, no menos que la influencia de las teorías evolucionistas de Darwin y el desarrollo dado estos últimos años a la psicología infantil, han contribuido a crear la tendencia que no tardará ya en presentarse plenamente de-

finida y consciente de sí misma con el nombre que le hemos arbitrariamente atribuído, de la Educación Nueva.

\* \* \*

Difícil es determinar cuál haya sido la cuna de la Educación Nueva, cuál la primera escuela que pueda ser designada con este título. Algunos creen que las escuelas nuevas nacieron en Dinamarca, como consecuencia de la necesidad imperiosa de dar una instrucción práctica a ese pueblo pesquero, otros dan la preferencia a los Estados Unidos, pero las mejores informaciones dan la primacía a Inglaterra,

La determinación de sus orígenes se hace muy difícil por la diversidad de tendencias novadoras, algunas que se caracterizan por la mayor libertad disciplinaria que reclaman para sus alumnos con el fin de desarrollar más su personalidad; otras que insisten también en la libertad, pero sólo como un elemento para permitir un trabajo personal del alumno; otras que insisten en la actividad del alumno centralizada alrededor de los llamados centros de interés; otras en las tendencias sociales que debe fomentar en los alumnos, como la escuela del trabajo y sobre todo la escuela de Dewey; otras que se concretan casi exclusivamente a diferentes técnicas educativas.

Nosotros comenzaremos este estudio por el de la tendencia caracterizada por las reformas disciplinarias, entre otras razones porque ésta ha sido la primera aspiración de la que nos parece haber sido la primera de las escuelas de Educación Nueva.

Inglaterra, a pesar de su tradicionalismo exagerado de que tantas pruebas hemos podido ver en las últimas manifestaciones de la vida pública con motivo de los matrimonios de la familia real, jubileo y muerte del Rey, es un país de intensa renovación y acogedor a todas las iniciativas verdaderamente provechosas. Y es precisamente debido a esta flexibilidad de adaptación, a esta combinación de su tradición secular con las exigencias modernas, que se mantiene aun en pie su vasto imperio colonial y el prestigio de sus instituciones.

La renovación escolar comenzó en Inglaterra por la iniciativa privada y en la enseñanza secundaria. La instrucción inglesa en buena parte se da en las llamadas Public Schools, que no son ni públicas, ni escuelas en el sentido que podríamos sentirnos tentados a atribuirles. Son llamadas públicas porque son mantenidas en general por fundaciones de interés público y según entiendo, subsidiadas por el Gobierno, y además están abiertas para los niños de todo el Imperio y

no se concretan a los habitantes de determinada región. No son escuelas en el sentido de establecimientos primarios o técnicos, sino que corresponden a lo que nosotros llamamos colegios, liceos, institutos. En ellos se educa sobre todo la flor y nata de la nobleza inglesa y extranjera, entre ellos el actual Rey de Bélgica. En la célebre Public School de Eton han sido educados en estos doscientos últimos años las dos terceras partes de los primeros ministros de Inglaterra. Estos establecimientos son verdaderos pueblos, ciudades universitarias como la nueva edificada en Roma por Mussolini, o más parecida todavía a la comenzada en Madrid. Alrededor de un edificio central que contiene las habitaciones de las personas dirigentes del Colegio, de los scholarships y además los locales de clases, se levantan en calles vecinas multitud de casas donde habitan profesores del Colegio cada uno de los cuales tiene un grupo de alumnos a su cargo. Los laboratorios y museos ocupan pabellones separados del edificio central, son secciones de esta vasta ciudad estudiantil. El costo de la educación en estas instituciones es por demás elevado. Según información suministrada no ha mucho tiempo el costo por alumno se eleva a unas 400 libras, esto es con todos los gastos a unos 50.000 pesos chilenos anuales.

En estos establecimientos más que en otros se agravaron los defectos de la educación contemporánea: intelectualismo egoísta y convencionalismo. La primera tentativa de reforma ataca principalmente el carácter individualista de la enseñanza de las Public Schools. Tomás Arnold, Director de la Escuela de Rugby, fué el primero en reaccionar contra este defecto demostrando cómo se reprimían demasiado las tendencias naturales del adolescente y no se aprovechaba la influencia recíproca de los alumnos, porque no se aprendía a trabajar solidariamente, sino en régimen de competencia individual. Comprobando que los internados de tipo cuartel se oponían a la reforma que proyectaba, ensayó el sistema de boarding-house en el que los alumnos viven en casas separadas bajo la dirección de los profesores y de sus familias, sistema que permite una vida de colaboración intensa entre profesores y alumnos y entre los grandes y los pequeños, puesto que todos viven mezclados en la misma casa.

F. W. Sanderson, director de la pequeña escuela de Oundle, atacó otro de los graves defectos de las Public Schools, la tendencia demasiado intelectualista de sus estudios y la excesiva severidad en la represión de las faltas. Es curioso notar que en un país tan amante de la libertad y tan respetuoso de todos los hombres, se conserve aún hoy día el castigo corporal: aun hoy se da el guante, y en algunos colegios, como en Eton, se muestra al visitante las varillas con que

se azota en plena clase al alumno sobre su propia piel, y delante de sus compañeros si ha incurrido en ciertas faltas de moralidad. Sanderson creía que "el castigo es un crimen", pero ¿cómo hacer trabajar? No por la emulación, motor insuficiente para la actividad infantil, sino por la colaboración en un trabajo interesante. Este trabajo se realizará llevando la vida a la escuela. No quiere reconocer una barrera entre la vida de la escuela y la vida cotidiana de la colectividad. Cuando los niños vuelvan a sus casas, aunque sea a los más modestos hogares, es preciso que los padres sientan que la vida escolar afecta en todo a su propia vida y trabajo. Los programas han de estar consecuentemente ordenados de manera que los estudios respondan a las realidades de la vida cotidiana. Los programas actuales, juzga Sanderson, se fundan, tanto en las materias que han de ser enseñadas como en la manera de enseñarlas, en las necesidades de la clase dirigente; pero no responden a las necesidades del vasto mundo industrial moderno. Las escuelas aristocráticas han de democratizarse.

Estas ideas de Arnold y Sanderson fueron desarrollándose y concretándose más en escuelas donde había mayor libertad de movimiento. El escocés Cecil Reddie les dió forma en la célebre escuela de Abbotsholme, que ha servido de modelo, en cuanto a los métodos disciplinares y carácter práctico de la enseñanza, a la mayor parte de las escuelas nuevas, y constituye las notas esenciales de la tan conocida educación inglesa. En una gran propiedad rural del condado de Derbyshire fundó Reddie su "New school". Esta granja agrícola ofrecía un medio ideal para poner al niño en contacto con la naturaleza y realidad de las cosas. Al penetrar el joven en la vida social debe encontrarse preparado y entrar en terreno conocido: el hombre no es inteligencia pura, sino una inteligencia unida a un cuerpo, y debe formar la energía, la voluntad, la fuerza física, la habilidad manual, la agilidad. Por eso el internado de Reddie era un internado que copiaba en cuanto era posible la vida del hogar. Cada pequeño grupo de alumnos era entregado a un profesor, que cuidaba de ellos como si fuesen sus hijos. La disciplina era consecuentemente lo más libre posible, y la incitación al estudio no era la emulación sino la comprobación del creciente progreso en el propio individuo. Lo que se ha de desear no es que el escolar diga: soy superior a mi compañero, sino "hoy soy superior a mí mismo comparado al que era hace ocho días"... Reddie no andaba de levita, como los directores de las public-schools, sino de sweater, bombachos y polainas, con el consiguiente escándalo de los atildados educadores ingleses.



Badley siguiendo las huellas de Reddie amplió aun más estas ideas y procuró realizarlas en la escuela de Bedales en el sur de Inglaterra. Se inspiraba él en la idea de Froebel que "para aprender es preciso vivir lo que se aprende". Como consecuencia, para enseñar a vivir la escuela necesita ser un pequeño ambiente social con vida propia.

El sociólogo francés Edmond Demolins llevó estas ideas a Francia y las vulgarizó en dos excelentes libros: "A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons" y en "L'Education Nouvelle". Su gran obra fué la fundación de L'Ecole des Roches en Verneuil-sur-Avre, cerca de Evreux. Herbart Lietz, imbuído primeramente en las ideas de Herbart, evolucionó después en contacto de los ensayos ingleses y fundó el primer **Landerziehungsheim** (hogar de educación en el campo). Dos colaboradores de Lietz, Gustavo Wineken y Pablo Geheeb, fundaron en 1906 una escuela de tipo más avanzado, Freie Schulgemeinde (comunidad escolar libre), que busca no tanto la adaptación de los alumnos al presente estado social, cuanto la preparación de un estado social futuro. Es la revolución por la escuela. La comunidad escolar libre era gobernada en realidad por los muchachos y muchachas que la frecuentaban, bajo la forma republicana. Los alumnos se agrupaban a voluntad alrededor de los maestros y maestras, en las llamadas Kamaraedshaften, que los conducen a trabajar en cooperación.

Pablo Geheeb que trabajó al principio con Wineken se separó de él para fundar en 1910 la Odenwaldschule, en Oberhambach, no lejos de Mainz. Esta escuela representaba el tipo más completo de la Educación Nueva, pues era la única no ha mucho tiempo que había aceptado íntegro el programa de las escuelas nuevas aprobado en la reunión de educadores celebrada en Calais en 1919. Situada en un sitio pintoresco entre montañas plantadas de pinos y de árboles frutales procuraban realizar en primer lugar el house-system de la educación inglesa, mas la coeducación llevada a su extremo, pues en el mismo chalet habitan en piezas vecinas niños y niñas que por lo demás participan de las mismas distribuciones escolares, incluso los trabajos manuales, como pudimos constatarlo al visitar la escuela: reunidos niños y niñas se ocupaban en amontonar el carbón necesario para los menesteres domésticos. La dirección del colegio estaba entregada efectivamente a los alumnos, siendo el director únicamente un consejero más experimentado, un hermano mayor de los alumnos. Este colegio era uno de los que cobraba pensión más alta a sus alumnos, y así y todo cerraba el año con un déficit considerable, cubierto generosamente por los admiradores de Geheeb, judíos en su mayor parte, lo que le

ocasionó a su director la desgracia del nuevo Gobierno alemán. En cuanto a ideas religiosas estaba animado Geheeb de un extraño sincretismo religioso, juntando en una misma admiración a Jesucristo con Buda y Confucio, e inspirándose fuertemente en la mística de Rabinadgrath Tagore.

Esta tendencia a la mayor amplitud en disciplina encontró su máxima expresión en las *Lebengemeinschaftsschulen* "escuelas en comunidad de vida" de Hamburgo en donde se concedía a los alumnos una total libertad. No existían en ella programas, ni distribución de materias, ni horarios, ni clasificación de los alumnos por su edad y capacidad. No había incluso clases de enseñanza en el sentido propio de la expresión. Los niños escogían el frecuentar los profesores que deseaban y por mayoría elegían un asunto que podían proponer al profesor. La disciplina les estaba enteramente entregada. Estas escuelas reflejaban bien el ideal comunista y se parecían mucho a las creadas en Rusia.

Algunos sistemas pedagógicos modernos como el Montessori, Dalton, Plan de Elena Parkhurst y el sistema de Winnektá realizado por Washburne tienen grandes aplicaciones a la parte disciplinaria de la educación, pero no es ésta la característica de tales sistemas, por eso los consideraremos después al estudiar las otras tendencias de la Escuela Nueva.

Este sistema avanzado de educación en su parte disciplinaria ha inspirado reformas notables en la educación de países e instituciones tradicionales, que evidentemente no han copiado esas exageraciones que acabamos de indicar. La educación inglesa en general ha sentido esta influencia renovadora y más todavía la educación norteamericana, que procuran poner al niño en un ambiente de gran libertad. Los resultados obtenidos por los norteamericanos en materias educacionales son sumamente alentadores. Es hermoso ver esas fuertes personalidades que producen colegios como el de Stonyhurst de Inglaterra, regentado por padres jesuitas, ese espíritu de lealtad, de sinceridad, ese carácter tan varonil e independiente al propio tiempo disciplinado e imbuído de una profunda y sincera piedad. La educación nueva a través de los educadores de Inglaterra ha ejercido y está ejerciendo profunda impresión en otros países. El jesuita español Padre Herrera ha publicado varios libros tendientes a vulgarizar estas ideas: "Cómo educa Inglaterra", "Desde la Gran Bretaña" y fruto de estos estudios ha sido la realización en Curía, (pueblecito veraniego de Portugal refugio de los Jesuitas desterrados de España) de un colegio donde se aplican las grandes líneas de la educación disciplinar inglesa. El edificio está constituido por los grandes hoteles de verano, vacíos durante el año escolar y arrendados para ser-

vir de colegio. Cada hotel reemplaza al pabellón inglés y allí viven agrupados los alumnos de uno o dos cursos. Estos alumnos han de acudir a un edificio central, el casino, que les sirve de pabellón de clases. Todo esto en medio de un grande y bellissimo parque dotado de un gran lago, de pistas para carreras, de amplios campos de football y de numerosas canchas de tennis donde los niños pueden desarrollar sus fuerzas corporales como también en las excursiones que organizan en los grupos de scouts por todos aquellos alrededores. La disciplina no menos que la formación religiosa es muy interior y formada en un ambiente de libertad.

En Bélgica, inspirado en l'Ecole des Roches, nació el Colegio Cardenal Mercier, que procura adaptar a un colegio dirigido por sacerdotes todos los principios y detalles de organización de un colegio dirigido por profesores seculares casados que dan la educación en un ambiente familiar. Los jesuitas belgas en su colegio de Godinne, los Hermanos de las Escuelas Cristianas en su Colegio de Dragenfells en Alemania sobre el Rhin, otros colegios particulades en La Haya, Godesberg, Feldkirch se inspiran grandemente en este movimiento y puede decirse que hay una tendencia general a renovar los métodos de disciplina escolar, haciéndola más amplia, como consecuencia de las condiciones de la vida social, la que ha variado tan enormemente en la época que ha seguido a la gran guerra europea que ha transformado la vida familiar y las relaciones de la vida doméstica en el sentido de una gran emancipación de la mujer y de los hijos y que, por desgracia, ha ido muchas veces hasta extremos deplorables.

¿Cuáles son las grandes líneas de esta nueva concepción de la disciplina escolar?

Una madre de familia escribía hace años al señor Demolins una carta llena de franqueza en la que le exponía que un punto central de su pedagogía familiar hasta entonces usada había sido el inculcar a sus niños que ellos molestan, y que deben empeñarse en obrar de tal manera que no se den cuenta que están presentes: "Yo era recompensada de mis esfuerzos, añade, con una frase de mis amigas que me decían: tus niños son muy bien educados. ¡Pero, Ud. me ha mostrado, señor, mi error: yo comprendo ahora que "cuanto antes tratéis al niño como hombre tanto antes llegará a serlo". "La verdadera mujer del siglo veinte, como yo la sueño, debería ser para sus hijos no solamente la madre respetada, sino también la confidente, habiendo visto bastante la vida no para aprobarlo todo, pero sí para comprenderlo"...

Un miembro de la Academia Francesa, M. Lavissee, expresa así lo que él espera ha de obtener la Educación Nueva: Una educación nueva provocará al estudiante, hoy demasia-

do pasivo, a la actividad intelectual. Ella le dejaría en toda su conducta moral una parte de libertad que debería crecer a medida que crece él mismo. No es posible que el alumno a quien apunta el bigote sea tratado de la misma manera que los chiquitines a quienes comienzan a salir los dientes. En una palabra la educación nueva se propone asegurar a la sociedad actual las actividades libres que ella necesita, como la educación antigua procuraba a la sociedad antigua la obediencia en que ella se fundaba. “Si el alumno es arrojado del colegio a la universidad pasando bruscamente de un régimen de vigilancia constante y de perpetua restricción y docilidad al de la libertad sin control, tendremos que este alumno no sabrá hallar ni la regla de su vida moral, ni la regla de su vida intelectual. La libertad será para él el desorden y la manifestación habitual de esta libertad, será lo que los franceses llaman “le chahut“ y nosotros “el boche o la rosca” en términos de colegio; y por otra parte acostumbrado a la inercia, siempre pasivo, sin curiosidad, sin interés, continuará haciendo “tareas” y preparando exámenes. Si no va a la Universidad, hay hartas probabilidades que se ocupe en buscar un empleo tranquilo. El joven pasará de la mesa de estudio a la mesa de la oficina; su ideal será de hacer “tareas” durante toda su vida: “El colegio de hoy es la sala de espera de todas las oficinas”.

Para remediarlo habría que hacer de la disciplina la escuela de la libertad; habría que poner la vida y el ardor allí donde hasta ahora se ha procurado poner la mayor cantidad posible de docilidad y de inmovilidad.

Este aprendizaje de la libertad supone un régimen familiar donde haya la mayor comunicación posible entre profesores e inspectores y alumnos. Ahora bien, por desgracia en la mayor parte de los establecimientos escolares tal comunicación no existe. Como decía el Director de un liceo en Bélgica: “Mis profesores se contentan con dar la clase; pero no consagran ni un minuto más de su tiempo para ejercer una acción personal sobre los alumnos”. Los inspectores son de ordinario — si no son más que inspectores — hombres desprovistos de autoridad ante los alumnos, a quienes incumbe la dura tarea de hacer observar un régimen disciplinar severo. El alumno abandonado de sus profesores, que no siente ninguna estima por sus inspectores, se ve con frecuencia obligado a recurrir a sus compañeros para defenderse y para educarse. Esta educación dada por los compañeros consiste esencialmente en inventar trampas para violar una vigilancia demasiado severa y darse tono en un régimen que deprime la propia personalidad. Con frecuencia el prestigio escolar es patrimonio de aquellos que son los más hábiles para sustraer-

se a esta vigilancia y saben hacer bromas ingeniosas. Y como la autoridad ha de imponerse y restablecer el orden, los alumnos se ven obligados para sustraerse al castigo a disimular y a mentir. Y ¿cómo podrá formar hombres un sistema escolar que conduce necesariamente a la mentira? Un hombre no debe mentir jamás; debe tener la convicción y el valor de sus acciones. El que miente demuestra que es débil y que tiene miedo. ¡Cuántas falsificaciones de permisos, de justificativos, no trae consigo este sistema!

Por otra parte los programas demasiado cargados en ciertos países han sido también responsables de esta situación, ya que la dirección de los establecimientos de educación — sobre todo los particulares — debía consagrar todas sus fuerzas a que los alumnos no perdiesen un minuto del tiempo consagrado al estudio. Consecuencia natural de tal régimen es que los directores del colegio hayan de urgir una disciplina severa que favorezca esa consagración total al estudio.

El profesor en este régimen de las escuelas nuevas debe ser un compañero mayor de los alumnos. El vive de la mañana a la noche con los alumnos, no para vigilarlos, sino para educarlos. Toma parte en todos sus ejercicios, clases como recreos y juegos y baños... Debe estar capacitado para dar lecciones de cricket, de natación, de football, no menos que de literatura y de ciencias. El profesor logra así ocupar ante el niño el lugar del padre, de un padre que participa de sus estudios, de sus juegos, de su vida cotidiana. En algunas escuelas se ha suprimido la diferencia entre estudios y clases y el profesor estudia con sus alumnos en la clase, en un régimen de amistad y colaboración. El profesor pregunta la lección anterior, hace un comentario científico o literario de la lección del día, un interrogatorio sobre esta última para cerciorarse que han comprendido bien y por fin los alumnos hacen un resumen de esta lección. Todo esto hecho durante la clase, bajo la ayuda y colaboración del profesor que inspecciona el trabajo de sus alumnos para corregir su método de trabajo y darles una ayuda oportuna.

El profesor en este tipo de escuelas nuevas debe ser el de un hombre completo, es decir que tenga conocimientos literarios y científicos variados, y además dotado de habilidades de agilidad, fuerza, adaptabilidad. Debe ser un buen ejemplar de hombre, puesto que se exige de él que instruya no solamente por la palabra, sino también que arrastre con su ejemplo. Este tipo de educador es más natural y por consiguiente más verdadero y más eficaz; el nuestro es más artificial, fabricado exclusivamente para la escuela, pero ignora demasiado la vida y no siempre está bien adaptado. Un hombre puro cerebro, inteligencia pura, no es un buen educador

en las escuelas nuevas, puesto que es demasiado artificial e incompleto para formar hombres completos y reales. Es un producto de laboratorio y no un producto de la vida. Tiene su espíritu en una sola dirección, y cerrado en todas las restantes.

Un hombre que vive esta vida puede decir con verdad como un profesor inglés: “Me parece que no envejezco y que soy siempre un alumno, puesto que yo continúo en llevar la misma vida que los alumnos”.

M. Paul Desjardins, gran educador francés, escribe: “Nosotros fabricamos hombres de letras; los ingleses crean hombres. En el fuerte apretón de manos de un joven inglés se prevé al futuro conquistador. Es un adolescente de músculos sólidos, sano de cuerpo y de espíritu. Se le puede lanzar a la vida y marchará sobre ese camino, llanamente, sin fanfarronadas, pero marchará...”.

Un profesor extranjero invitado a enseñar en un colegio inglés mostraba un día sus certificados, recomendaciones, notas de exámenes, y el Director le respondió: “I don't want testimonials, I want a man”.

Otro elemento de esta educación nueva es la influencia moralizadora de los juegos y de la vida sana al aire libre. La influencia de los consejos morales y religiosos en la moralidad del joven — piensan los educadores del nuevo sistema — que se debilita por la vida demasiado sedentaria de los alumnos. Y además suponiendo siempre el mal, se acaba por dar la impresión que se vive en el pecado. El mejor auxiliar de los consejos morales es una vida activa que cree un derivativo a las actividades del joven por medio de una fatiga física durante el día, de un sueño profundo y reparador durante la noche. Los trabajos manuales, los juegos que ponen todos los miembros en actividad, los baños, son medios poderosos de la educación moral. No hay que contentarse con predicar a los hombres lo que hay que hacer, sino ponerlos en situación en que puedan realizar estas doctrinas.

La misión de la educación no descansa en la escuela exclusivamente sobre los alumnos, sino que la comparten también los alumnos mayores. Berther lo repite hasta la saciedad: los mejores colaboradores del Director de la escuela son los alumnos mayores. El director les llama con frecuencia a su escritorio y les inculca la idea que más influencia que al propio director incumbe a los mayores en la buena marcha del colegio. Al frente de cada servicio se encuentra uno de los alumnos mayores; y en cada dormitorio es un alumno de confianza el que se encarga de mantener el orden. En cada clase, en las bibliotecas es un alumno el encargado de entre-

gar y cobrar los libros. Lo mismo se diga de los juegos. Los alumnos más jóvenes deben obedecer a los mayores, mientras éstos no se hagan indignos por su conducta de tal honor. De esta manera la marcha de la escuela está enteramente entregada a los alumnos. ¡Qué magnífica manera de formar hombre! ¡Así aprenden los niños a tener confianza en su valor, a respetarse y a respetar a los otros.

Dentro del plan realista de esta educación tiene lugar el que se inculque a los niños continuamente que ningún trabajo es denigrante para el hombre, y que siempre se la puede ejecutar permaneciendo un gentleman. Lo que es digno de respeto es el hombre y no la función que el hombre ejerce. En algunas escuelas inglesas los niños limpian las caballerizas, acompañados por el Director de la escuela. En la Odenwaldschule los niños amontonaban a mi vista el carbón necesario para la calefacción, y lo mismo se diga de las demás ocupaciones serviles.

Demolins preguntaba un día a su hijo, alumno de una escuela inglesa: “¿Qué es lo que más te ha maravillado en tu colegio? El que nunca se mienta. Y, ¿por qué no se miente? Después de un momento de reflexión: porque no es necesario; no se siente uno espiado. Y además porque si uno mintiese, se vería obligado a abandonar el colegio, pues, los demás niños no querrían tratar más con él. Cuando un profesor pregunta ¿quién ha hecho una falta? el interesado responde: YO. Los niños tratados como hombres, se convierten luego en hombres.

Estos rasgos generales de la tendencia disciplinar de la educación nueva se verán completados al exponer en otros artículos el aspecto de formación intelectual y de formación social que incumbe a la escuela y que repercuten necesariamente en la disciplina y en la formación de la personalidad.

## **Radio Splendid**

**Huérfanos 1106**

**Teléfono 81860**

*Radios ambas corrientes, dos ondas.*

*Moderno taller de composturas.*

*Trabajos garantidos.*

*Artículos y Artefactos eléctricos.*

*Lámparas modernas.*

**¡CONSULTENOS!**



## Chesterton

Loco soy, que yo me entiendo  
(Lope)

Estamos apenados esta noche. Una misma melancolía, que la dejada por un horizonte perdido en la alta y obscura noche, nos aprisiona. Teníamos en la imaginación un ambiente neblinoso, con una pequeña luz que nos permitía ver a un hombre corpulento, de cabellos enloquecidos y sonrisa de niño, y este hombre se nos ha perdido. Nos lo han quitado de nuestro ver interior y hemos sentido la quebrazón de una rama frutal. El ambiente lejano, olvidado el hombre que lo



hacía vivir, se nos desamarra como un pequeño barco, que va a anclar en el Océano. Inglaterra se nos va, Chesterton nos queda como una enseñanza y un recuerdo.

Hemos sentido una honda pena en el momento de su muerte. La muerte de una vida que resucitó la fe, que ansió adelantarse a su mundo con “aquellas ambiciones estúpidas de fines del siglo XIX”, en busca de la verdad que creía aún no dicha, “y todo para descubrir, a la postre, que andaba yo atrasado en unos mil ochocientos años”. “Cuando yo creía marchar solitario toda la cristiandad me estaba empujando por la espalda”. Supo su verdad y escogió los caminos más extraños para predicarla. Llegando de un mundo que alimentó sus primeros errores, los combatió con humor e ironía. ¡Quién que haya leído una de sus obras no recordará la delicada burla que hace de los profesores sin imaginación! (En estas notas pienso que lo más justo para hablar de Chesterton, es dejarlo hablar a él, y que su pluma vaya mostrando las facetas límpidas de su ingenio). El nos dice: “Escojamos, entre otros, un reciente estudio sobre mi pueblo de la edad de piedra. Empieza valientemente de este modo: “¡Vivían desnudos!”. Quizá ni a un lector entre cien se le habrá ocurrido pensar dónde y cómo el autor ha podido comprobar el estado del guardarropa de gente de la que no se ha encontrado más vestigio que algún montón de huesos o de guijarros. ¿Es que se esperaba encontrar un sombrero de sílex entre las hachas de este material, o se pensaba descubrir unos calzones de piedra, un pantalón literalmente paleolítico? Personas de un temperamento más ponderado, por el contrario, aceptarían que un pueblo podría vestir sumariamente o hasta con suntuosidad sin que quedara traza de ello. Se pudo haber trenzado hierbas y juncos en un trabajo exquisito sin hacer eternos los tejidos. Uno se imagina fácilmente la existencia de ciertas sociedades especializadas en artes frágiles, tales como la del tejido y bordado, en detrimento de artes más duraderas, como son la escultura y la arquitectura. Existen numerosos ejemplos de sociedades especializadas. Nuestros descendientes lejanos, cuando registren las ruinas de nuestras fábricas, deducirán quizá que no conocíamos más que el hierro, y anunciarán como un hermoso descubrimiento que el director y sus ingenieros se paseaban completamente desnudos, a menos que no llevaran trajes y sombreros de hierro”.

Esta nueva mirada que arroja Chesterton sobre las cosas nos hace la impresión de recrearlas, de verlas salir de sus manos nuevas, desconocidas y limpias. Chesterton busca la verdad, y fué encontrando en su camino las pequeñas y fuer-

tes verdades que, tan a la vista, no logramos contemplar. Toda simple verdad es extraordinaria cuando la estrujamos. Al pensar Chesterton así, les juega a los periodistas su concepto de la vida y se lo devuelve deshecho. El extraordinario hombre G. K. Chesterton nos advierte que si tiene una debilidad enorme el periodismo como pintura del existir de nuestro tiempo, esta "proviene de ser pintura formada enteramente de excepciones", pues, "no anunciamos por carteles luminosos que un hombre no se ha caído de un andamio. Con todo, este último hecho es en el fondo mucho más emocionante, en cuanto indica que un hombre, animada torre de misterio y terror, todavía se tiene de pie. Que el hombre no se caiga del andamio es realmente más sensacional; y es también mil veces más común. Pero no puede esperarse razonablemente que el periodismo insista sobre los milagros permanentes. No puede esperarse que los directores afanosos pongan en sus carteles: Mr. Wilkinson continúa sano; o Mr. Jones, de Worthing, no se ha muerto. No pueden publicar las venturas de toda la humanidad. No pueden contar los tenebres que no se roban, ni los matrimonios que no se disuelven judicialmente. De ahí que toda su pintura de la vida sea por necesidad falaz y pueden reflejar únicamente lo desusado. Por democráticos que sean, sólo se ocupan de una minoría".

La posición de Chesterton es la de un niño entusiasmado con el espectáculo del mundo. No se cansa de mirarlo y de juzgarlo de un modo personalísimo y caprichoso. Su visión es la que sustentan sus personajes, tan alejados de aquellos cazadores de super hombres "que siempre lo están buscando en el espejo". Recordemos al modesto Padre Brown, deshacedor de tantos entuertos, y que creyendo en lo extraordinario, encontraba los perdidos pasos de los ladrones y asesinos, tanto como detective como sacerdote.

Chesterton pone frente a los seres que representan sus ideas, a verdaderos gigantes que defienden las tesis contrarias, o que han usado el camino de lo extraordinario para otros fines. Pero, forzosamente, se encuentran en un punto. La senda de lo supra-racional conduce al cielo. Cualquiera de los cuatro brazos de la Cruz conduce al corazón de la Divinidad.

Cuenta el Padre Pedro de Rivadeneyra en su vida del glorioso santo Ignacio de Loyola, que, yendo Ignacio hacia Monserrate, topó con un moro de los que en aquel tiempo quedaban aun en España en los reinos de Valencia y Aragón; y que, al comenzar a andar, trabaron plática, y devanando frases llegaron a tratar de la virginidad y pureza de la Virgen

Nuestra Señora. Dudaba el moro de algunas de las razones que le daba el cristiano, y con esa duda y escarnio que había hecho, dejó Ignacio Yáñez de Oñaz y Saéz de Balda, irse al morisco. Más, luego, quedó “muy dudoso y perplejo en lo que había de hacer”, si “alcanzarle y darle de puñaladas por el atrevimiento y osadía que había tenido de hablar tan desvergonzadamente en desacato de la bienaventurada siempre Virgen sin mancilla”.

Lo que en Ignacio de Loyola fué deseo y duda, Chesterton pretende resolverlo. En una encrucijada, el hidalgo guipuzcoano, dejó rienda suelta a su cabalgadura, fiando a Dios el que tomare el camino del moro y riñera con él, o cogiera la senda que se alejaba de sus pasos y lo olvidara. Chesterton, nos arrebató de la Escocia un “gentleman”. Mr. Mac Ian — v nos lo pone, frente a la vidriera del periódico “El Ateísta”, leyendo un artículo titulado “La mitología mesopotámica y su influencia en el folklore siríaco”. Decía en sus párrafos postreros, este engendro ateísta: “el nombre Sho, bajo su tercera forma, Psa, aparece en una leyenda primitiva que cuenta cómo la deidad, a la manera de Júpiter en tantas ocasiones, sedujo a una Virgen y engendró un héroe. No es esencial en nuestra existencia el nombre del héroe, que fué, según cuentan, el héroe principal y el Salvador en el sistema moral mesopotámico. Seguía un párrafo citando otros ejemplos de héroes y salvadores nacidos de relaciones depravadas entre un dios y un mortal. Después seguía otro párrafo, pero Evan Mac Ian no lo entendió. Lo leyó otra vez y otra. Entonces lo entendió. El cristal cayó hecho pedazo en el pavimento, y Evan se precipitó por la vidriera en la tienda, blandiendo el bastón. ¿Qué es esto? exclamó, irguiéndose. Mr. Turnbull, el pequeño, flameante el cabello. ¿Cómo se atreve Ud. a romperme la vidriera? — Porque era lo más rápido para caer sobre usted — gritó Evan, pateando. Con que, ¡alto y a luchar! cobarde borracho. Vamos, loco asqueroso, defiéndase. ¿Tiene usted aquí armas?”.

De este episodio, nace la persecución de la justicia que les impide batirse como ambos desean. Mac Ian se queja. “Si hubiese dicho de mi madre lo que ha dicho de la madre de Dios, no se encontrarían en Europa personas de honor que negasen mi derecho a retarlo. Si lo hubiese dicho de mi mujer, vosotros, ingleses, me habrías perdonado que lo apalease como a un perro en medio de la calle. Sepa su señoría que yo no tengo madre, ni mujer. Tengo únicamente lo que tiene el pobre como el rico; lo que tiene el hombre solo, igual que el de muchos amigos”.

La persecución es hija de los hombres que no desean

la llama de tan violentos enemigos, por el temor de que ardan todas las conciencias. Pero ambos, el católico y el ateo, buscan con verdadera fe la clara y suprema verdad que le es su vida. Bien lo ha dicho Mac Ian que si reñía por su país, aun cuando perdiera a su país, existiría él. “Pero si lo que este demonio sueña fuese verdad, yo no existiría... reventaría como una burbuja, desaparecería. No podría vivir en un universo imbécil. ¿No he de reñir por mi propia existencia?”.

En esta lucha y huída a través de Inglaterra para poderla realizar, la mano de Dios se interpone, como cuando cogió las riendas de la cabalgadura de Ignacio y la condujo hacia Monserrat.

El espíritu humano, para Chesterton, se alimenta esencialmente de lo familiar y de lo desconocido. Llegan a una síntesis estos elementos en el hombre religioso. Por eso a Chesterton le ha cabido revelar lo equivocada que trae, el uso exclusivo de la razón, a la vida.

El contraste esencial del hombre y el loco, Chesterton, lo ha hallado en este devanar la madeja del razonamiento. Nos dice: “¡Ay! si el loco pudiera descuidarse un instante, en ese mismo instante recobraría la salud”; porque la locura no es más que un uso de todas las fuerzas en un rodear la noria seca de un razonamiento. “El loco no es el que ha perdido la razón, sino el que lo ha perdido todo, todo menos la razón”.

Toda la obra de este hombre que ha muerto es una afirmación de vida, de vivir honrado y justo, de grito contra el que pierde su tiempo, como Diógenes al buscar con su linterna un hombre honrado, sin emplear esas horas en serlo él mismo. Lucha Chesterton por las palabras, porque ha visto que ellas alimentan el cerebro del hombre contemporáneo, y a veces lo envenenan. Tiene su obra casi siempre en las últimas páginas, una apoteosis, símbolo del Juicio Final, en las que van a resolverse todos los encuentros caballerescos de sus personajes.

Da quizá una impresión de cierta locura a fuerza de fuerzas, pero no es ésta la del molino de la razón moliendo un solo grano, es la del molino que hace girar sus aspas señalando la tierra, el cielo y los horizontes. Sabía él perfectamente que debía ser un poco loco, tan loco como pedía nuestro Lope:

“porque no puede ser cuerdo  
el que no es loco por Dios”.

Carlos Keller R.

## Créditos y Tasa del Interés

Ultimamente, se ha realizado una nueva ofensiva destinada a llevar adelante la inflación monetaria iniciada en 1932 en nuestro país. Le sirve de pretexto la necesidad de facilitar a los productores un crédito más abundante y a una tasa de interés más baja. Se alega al respecto que el Banco Central debe intervenir eficazmente en el mercado, efectuando redescuentos, descuentos y préstamos, a fin de abaratar el crédito. De esta manera — se agrega — la producción tomará un gran incremento, y el bienestar de la nación aumentará.

Anoto de pasada que esta ofensiva ha venido a coincidir con otra anunciada por el Gobierno, destinada a mejorar la situación de las clases asalariadas, aumentando los sueldos y jornales. ¿Existe una relación entre ambas ofensivas? ¿Se propicia un alza artificial de los precios, como compensación del alza de los salarios?

Los que propician que el Banco Central aumente sus emisiones, justifican sus exigencias, atacando duramente la política monetaria seguida por esta institución desde su fundación, pero especialmente desde que estalló la crisis.

El que escribe estas líneas no estima que nuestra política monetaria haya sido acertada. Cuando se organizó el Banco Central publicó una serie de artículos en "El Sur" de Concepción, en que predijo el fracaso de esa institución. No pretendo, pues, defender de manera alguna la política seguida en los últimos años. Tampoco me cuento entre los partidarios de la teoría monetaria llamada clásica, sino que estimo que en el futuro habrá que seguir caminos totalmente nuevos y revolucionarios.

Con todo, estimo que los ataques que se dirigen contra el Banco Central y su política son injustificados, o mejor dicho, no se basan en un conocimiento integral del problema, motivo por el cual las medidas propuestas, lejos de mejorar la situación, la empeorarían.

Después de estas observaciones de introducción, entremos en materia.

### Dos aspectos fundamentales

Todos los problemas monetarios tiene dos aspectos fundamentales: uno se relaciona con el mercado nacional y otro con el exterior.

El sistema monetario que imperaba hasta mediados de 1931 en nuestro país, entrelazaba ambos mercados de una manera peculiar. El Banco Central proveía de circulante al mercado nacional, pero proveía también de letras a un precio estable al mercado exterior. Para poder cumplir debidamente estas dos funciones, se le impuso la obligación de mantener siempre una reserva de oro y depósitos en el exterior que no bajaran de cierta proporción mínima respecto del circulante. Así, el monto del circulante no podía aumentar ilimitadamente, pues su monto dependía de la reserva disponible.

En lo referente al mercado exterior, el Banco Central se comprometía a adquirir a un precio estable y casi invariable, la totalidad de las letras sobre el exterior que se ofrecieran y a suplir toda demanda de letras que se presentare. El Banco Central constituía un poder comprador y vendedor ilimitado y capacitado así para regular el valor del peso en el mercado mundial.

Los que atacan al Banco Central por su política monetaria, desconocen esta situación. Hablando teóricamente, una afluencia de capitales y créditos extranjeros era un indicio de mayores actividades económicas en el país. El Banco Central adquiriría el excedente de letras, aumentando el circulante en una proporción correspondiente. Vice-versa, cuando había escasez de letras, los interesados en adquirirlas se dirigían a esta institución, entregándole en pago el circulante correspondiente. Así bajaba la reserva de oro, pero disminuía también el circulante. Se estimaba que esta mayor demanda de letras provenía de un desequilibrio de la balanza de pagos y que la estabilidad de la moneda requería que se estableciera el equilibrio, lo que — según se afirmaba — se conseguiría con la restricción del circulante, la que motivaría una restricción del crédito y con ello, una reducción de las importaciones.

Este entrelazamiento del mercado nacional con el exterior, en que se basaba el sistema monetario establecido en nuestro país, existía en la mayoría de las naciones y había resistido, hasta entonces, toda prueba a que se le había sometido.

A pesar de ello, yo hice ver en 1925 que en Chile se iban a presentar graves inconvenientes en su aplicación, debido a que las fluctuaciones a que está expuesta nuestra balanza de pagos, son mucho más grandes e intensas que en otros países. Expresé que el automatismo establecido en el estatuto del Banco Central no resistiría las consecuencias de una crisis de alguna gravedad.

Fué, efectivamente, lo que ocurrió. Cuando estalló la crisis mundial a fines de 1929, y especialmente desde que se cerró el mercado extranjero del crédito para el Estado a principios de 1931, nuestra balanza de pagos señaló un saldo en contra tan considerable, que las reservas del Banco Central se agotaron rápidamente, y si no se hubiera suspendido el patrón de oro a mediados de 1931, el país habría quedado sin reservas de oro y sin circulante. Se habría producido, precisamente, el caso que Mr. Kemmerer, en una célebre entrevista concedida en su segundo viaje a Chile, había considerado como inverosímil.

Ahora bien, es innegable que el entrelazamiento establecido entre el mercado interior y exterior, fué de las más graves consecuencias para la economía nacional. En el preciso momento en que la baja de los precios, la reducción de la producción y la disminución de las ventas hacían recomendable ciertas facilidades del crédito, el automatismo establecido por la Ley Kemmerer obligó a los bancos a restringir el crédito en grado máximo y elevar la tasa del interés a límites jamás conocidos.

Estoy de acuerdo en que esta política fué altamente perniciosa para la economía nacional, y nadie lo puede negar. Sin embargo, no basta con expresar la crítica. Más importante es señalar las medidas que cabía adoptar para remediar la situación.

Y a este respecto cabe decir que los críticos guardan el más absoluto silencio. Lo único que expresan es que en vez de realizar esta política deflacionista, el Banco Central debió haber facilitado el crédito. ¿Pero puede tomarse en serio esta objeción? Supongamos que en 1930 y 1931 el Banco Central hubiera procedido de acuerdo con los deseos de sus detractores "a posteriori": en este caso, habría aumentado el poder comprador del país, debido a los créditos facilitados, con el resultado de que las importaciones habrían aumentado, produciéndose ya mucho antes de mediados de 1931, la falencia de pagos del país respecto del extranjero.

En mi opinión — y así lo manifesté en 1925 — la única manera de mantener estable el cambio del peso, consistía en establecer un control directo de la balanza de pagos, regulando ésta por organismos encargados de ello y no por el automatismo establecido en la Ley Kemmerer. Un control efectivo de los pagos que entran y salen del país, ya sea por exportaciones e importaciones, por participaciones, intereses, utilidades, etc., con facultades para regular estos pagos, habría sido — y sigue siendo — la única manera para estabilizar nuestra moneda en sus relaciones con otros sistemas monetarios. Sin ese control directo tuvo que fracasar el Banco

Central y tendrá que fracasar cualquier sistema que se establezca en el futuro.

Podrá objetarse, ahora, que como la moneda actualmente ya no está ligada al oro como reserva obligada del circulante, estas objeciones ya no tienen valor. ¿Pero es efectivamente así?

Con o sin automatismo monetario, el mercado nacional sigue entrelazado con el exterior, y este entrelazamiento tiene su alcance monetario. Supongamos que una eficiente política económica, basada en un crédito barato y abundante, nos permita aumentar considerablemente el poder comprador en el mercado nacional. La consecuencia inmediata sería una fuerte demanda de productos importados, trátase de materias primas para nuestras industrias, de maquinaria o de manufacturas para el consumo. Esta mayor demanda gravará indudablemente sobre la balanza de pagos. Supongamos que el Control de Cambios, empeñado en evitar una mayor desvalorización del peso, restrinja artificialmente las importaciones, a fin de mantener el equilibrio entre la oferta y demanda de letras sobre el exterior. La consecuencia será que el mayor poder comprador se hará sentir en el mercado nacional. Como gran parte de nuestras materias primas provienen del exterior, y la importación deberá ser restringida, pronto se manifestará una escasez de productos, con el resultado de subir los precios. Si estos aumentan, los jornales se tendrán que ajustar a ellos, y su alza encarecerá los costos de las industrias de exportación, dificultando su competencia en el mercado mundial. Si se reducen las exportaciones, la escasez de productos importados será aun mayor, y así, a la larga, se tendrán que repetir los mismos fenómenos que se presentaron mientras teníamos un automatismo monetario basado en el patrón de oro.

Como se ve, no es efectivo que el hecho de no estar basado el sistema monetario actual en el patrón de oro, signifique que no existan los problemas monetarios que se derivan del entrelazamiento de la economía nacional con la de los demás países. El problema sigue siendo exactamente el mismo, y es completamente falso pretender establecer una política monetaria que prescindiera de esta realidad.

### **Estabilidad**

El problema es, pues, complejo, y es ilusorio pensar en la posibilidad de adoptar medidas simplistas.

Siendo así, debemos optar por algún "punto fijo" desde el cual queramos abordar su solución. Hay quienes pretenden volver al sistema vigente antes de la creación del Ban-



co Central, cuando teníamos un cambio variable y las fluctuaciones de la moneda producían el equilibrio de la balanza de pagos. Como el resultado de este sistema consistió en hacer bajar el valor del peso de 48 a 6 peniques, entre 1873 y 1925, y de 6 a 1 penique entre 1931 y 1936, parece poco recomendable seguir por este camino. Al menos, todos aquellos que pretendan devolver al país una era de paz y tranquilidad y terminar con el estado de permanente agitación y revolución, deberán propiciar que por fin volvamos a tener una moneda estable. Casi me atrevería a expresar que es este un mandamiento cristiano, especialmente si se tiene en vista la miseria que la sistemática destrucción de nuestra moneda ha significado para las masas populares.

La moneda estable sería, pues, el "punto fijo" que necesitamos para realizar una política monetaria eficiente. Aprobando este fundamento, el primer requisito que deberá cumplir la política monetaria, será el equilibrio de la balanza de pagos, por medio de un control efectivo. Cumplido este requisito, podemos tratar de la política monetaria interior, la que siempre deberá quedar sometida a la necesidad de no perjudicar la balanza de pagos.

### **Capital, crédito, circulante**

Existe, en lo referente a la política monetaria interior, una lamentable confusión entre el capital y el circulante.

Hay quienes suponen que el circulante puede desempeñar funciones idénticas al capital. El Banco Central — afirman — puede ser utilizado para financiar toda clase de empresas y producciones. Como la moneda está desligada del oro — agregan — es posible efectuar emisiones para todos los fines que se estimen convenientes.

Estas opiniones son totalmente falsas. Prescindiendo de la influencia que la política monetaria interior siempre ejercerá sobre el mercado exterior, la experiencia demuestra que el nivel de los precios sólo se mantiene estable, cuando existe cierta relación entre el monto de las transacciones que se efectúan en el mercado y el del circulante. Como la primera cantidad es elástica y aumenta o disminuye, según la situación económica, el circulante también debe serlo. El circulante no tiene otro objeto que el de facilitar las transacciones en el mercado. Primitivamente, existía un trueque directo de los productos; más tarde, se emplearon los metales preciosos como medida universal de los valores; hoy día, aun sin emplear metales preciosos, sino que simples signos monetarios, el circulante sigue atendiendo sus funciones de simple servidor del mercado. Esta función sólo la puede de-

sempeñar en la debida forma, cuando se limite a su papel servidor y no pretenda ser el amo de la economía, ya sea negándose a prestar sus servicios (deflación) o pretendiendo suplantar al capital (inflación).

El capital es algo totalmente distinto del circulante. Su génesis no se deriva de ningún Banco Central, sino de la economía individual o colectiva. Si un agricultor cosecha mil sacos de trigo y guarda doscientos a fines de año, para disponer de una reserva de emergencia, está formando un capital. Y si un empleado que gana mil pesos mensuales, economiza doscientos, hace lo mismo. La fuente de que proviene el capital son los ahorros y nada más que los ahorros. Si una colectividad consume anualmente la totalidad de su renta, sin hacer ahorros, ella no puede progresar, ya que no reserva nada para construir caminos, viviendas, fábricas, hacer mejoras en los campos, etc. Pretender que esos caminos, viviendas, fábricas y mejoras se puedan realizar de otra manera que por medio de economías, significa transformarse en alquimista, pues si existieran realmente tales arbitrios, todos los pueblos se dedicarían a emplearlos. La creencia en tales arbitrios es un burdo fetichismo.

Hay, pues, una diferencia substancial entre el capital y el circulante, y es ingenuo confundirlos.

El crédito, a su vez, no se deriva del circulante, sino del capital, pues proviene de aquella parte de los ahorros que el que los hace no desea emplear personalmente, facilitándolos a otros.

El progreso material de los pueblos está ligado a la formación de capitales. El ahorro es un sacrificio que un individuo se impone actualmente, a fin de mejorar o asegurar su futura situación: lo que hoy no consume, incrementará su futura renta. La única manera de incrementar la riqueza nacional, consiste en sustraer anualmente una parte de la renta nacional al consumo, para destinarla a la formación del capital. No hay otro camino.

### La tasa del interés

Como se sabe, el precio que obtienen los bienes se deriva de su relativa escasez. Aquellos bienes que existen en superabundancia, como el aire y el agua en la naturaleza, no tienen precio. Puede decirse que existe una demanda ilimitada por todos los bienes. Hay pocos individuos que no deseen poseer — si fuere posible — todas las cosas que hay en el mundo. Como la oferta es ilimitada, es preciso arbitrar alguna manera para poner los escasos bienes disponibles al alcance de los que desean poseerlos. Dentro de la economía libre y

privada, este arbitrio es el sistema de precios: se le fija a cada producto un precio que sea suficientemente alto para limitar la demanda en tal forma, que ella pueda ser satisfecha. Es esa la única justificación de los precios.

Y es también la única justificación del interés que se cobra por el crédito. Supongamos que exista una manera para crear crédito en cantidad ilimitada, y por consiguiente, sin pago de interés (sin precio): la consecuencia sería que todo el mundo exigiría ese crédito y el resultado no sería un auge fantástico de la economía, sino que la destrucción total de la moneda, ya que los bienes que existen en cantidad ilimitada no tienen valor.

La tasa del interés que se paga por el crédito, no desempeña otra función que la de los precios en las mercaderías y consiste en establecer el equilibrio entre la oferta y demanda de crédito.

Por consiguiente, ese precio (el interés) depende de la cantidad de capital (fuente del crédito) que se ofrece y la cuantía de la demanda de crédito que se presenta en el mercado. En países con una economía plenamente desarrollada, comunmente se han formado capitales tan cuantiosos y la demanda de crédito es relativamente tan pequeña, que la tasa del interés es baja. En países jóvenes, como el nuestro, en que es preciso efectuar cuantiosísimas inversiones en la economía, obras públicas, etc., y en que la población no se caracteriza por un espíritu de ahorro como la de Francia, Bélgica, Holanda, Suiza, etc., la tasa del interés no puede ser baja.

Ahora bien, no es preciso entender que la tasa del interés obedezca a una ley matemática y rígida. Realmente, la oferta y demanda son influenciadas por numerosos factores, y la realidad siempre se presenta compleja. Sin embargo, hay indudablemente una ley natural a que obedece la tasa del interés, relacionada con la formación del capital y la demanda de crédito a que ya me referí.

No debe creerse tampoco que la formación de capitales y la demanda de crédito constituyan cantidades fijas e invariables. Así como hay monopolios de productos, los puede haber también del crédito, y así como existen factores que pueden perturbar la producción de mercaderías, los hay también que pueden dificultar la formación de capitales. La demanda de crédito, a su vez, puede ser exagerada por razones artificiales.

Algunos ejemplos demostrarán la importancia de tales factores especiales. En Chile, el Estado ha creado una serie de instituciones de crédito que están sometidas a las influencias de la política. En ellas, a menudo la concesión de crédi-

tos no se efectúa con un criterio comercial, o sea, teniendo en cuenta las expectativas de un negocio, sino que se realiza bajo la presión política de los interesados. Hace poco, el Presidente de la Caja Hipotecaria citó casos al respecto. Hay una propiedad en Valparaíso, sobre la cual se concedió un crédito hipotecario de aproximadamente \$ 600.000 y que, debido a estar en mora en su servicio, se ha llevado al remate, no pudiendo venderse en un mínimo de \$ 10.000. Hay cuantiosas hipotecas concedidas para sufragar gastos electorales, las que naturalmente se encuentran en mora. Si se estudiara la situación de las cajas fiscales, se podría constatar fácilmente una infinidad de casos semejantes. Lógicamente, un mal uso del crédito significa un aumento indebido de la demanda y por consiguiente, un alza del interés. Por otra parte, hay cajas — como la del Seguro Obligatorio — en que se produce una formación de capitales, pero desgraciadamente esos capitales no siempre se emplean para fines productivos, o sea, para aumentar la oferta del crédito, sino que se despilfarran en inversiones estrafalarias. Si se les diera a éstos dineros una debida inversión, ello contribuiría a bajar la tasa del interés.

### El papel del Estado

Tienen razón, pues, aquellos que dicen que la tasa del interés no depende de factores netamente naturales y que existen otros “artificiales” que influyen sobre su nivel. Pero ellos están en un error cuando afirman que aquellos factores “artificiales” pueden ser contrarrestados con la ayuda de la prensa de billetes (lo que llaman descuentos). En sus publicaciones se refieren solamente al monopolio que tienen los bancos en el mercado del crédito, pero se olvidan que hay muchos otros factores, entre los cuales figuran a menudo las propias gestiones de los impugnadores de los bancos, que hacen subir la tasa del interés.

Lo que caracteriza el estado actual de la opinión pública, en lo referente a este problema, es la forma parcial y unilateral con que se le aborda. Uno tiene la impresión de que son muy pocas las personas que lo discuten en forma desinteresada y desde un punto de vista nacional. Por lo general, los ataques provienen de parte de individuos de reconocida mala solvencia y que se encuentran excesivamente endeudados. Estos antecedentes son tanto más funestos, cuanto la inflación habida desde 1931 ha favorecido en todo sentido a los deudores, y si estos no han logrado consolidar su situación personal a pesar de ella, es justo suponer que no son capaces de administrar sus negocios.

Es ingenuo suponer que pueda haber un sistema monetario sano en una economía enferma. Y nuestra economía está enferma. Es ilusorio suponer que la inflación habida haya creado condiciones sanas. Indudablemente, las clases pudientes han obtenido múltiples ventajas de la política monetaria practicada, pero, en cambio, la situación de las masas populares es desastrosa, y ninguna economía puede ser considerada como "reconstruída" mientras subsista un malestar social sencillamente atroz.

Es indudablemente posible estabilizar la situación económica y social. Alemania, con cerca de ocho millones de cesantes a fines de 1932, sin crédito en el exterior y con desastrosas condiciones sociales en el interior, logró reducir, en medio de esa crisis, la cesantía a poco más de un millón de personas, rebajar la tasa del interés del 7 al 4 1/2 por ciento, manteniendo al mismo tiempo estable su moneda.

¿Cómo consiguió ese "milagro"? No es difícil contestar esta pregunta. No se fió de los que propiciaban la desvalorización del marco y tampoco les creyó a aquellos que señalaban hacia el Banco Central como una fuente inagotable de créditos, sino que emprendió la solución del problema en el único punto donde tiene solución: en el político.

En efecto, el caos económico en que se debaten los pueblos ha llegado a un punto en que el antiguo estilo es incapaz de crear las fuerzas regeneradoras que requiere la solución de los problemas actuales. La economía ha invadido en tal forma la esfera del Estado, que éste ha dejado de ser una entidad capaz de actuar con voluntad propia. El reciente proyecto de modificación de la estructura del Banco Central no es nada más que un ejemplo de esa invasión de la esfera del Estado por la política (o mejor dicho, la politiquería).

Lo que se requiere, ante todo, es restablecer el Estado, entendiéndolo por tal la formación de un organismo político que sea la encarnación de la voluntad nacional, capaz de actuar con independencia y de realizar fines nacionales.

Un Estado de esa naturaleza estará en condiciones de abordar el problema en su integridad. Se equivocan aquellos que estiman que un Estado genuino no sea un factor económico de primer orden. Es el factor decisivo. Un Estado genuino establecerá el equilibrio de la balanza de pagos, evitando que por este lado la estabilidad monetaria esté expuesta a peligros; regulará el circulante de acuerdo con las necesidades del mercado y sin perder de vista el entrelazamiento que existe entre los mercados interior y exterior; transformará a los bancos en instituciones de derecho público (sin necesidad de colectivizarlos); excluirá del mercado del crédito los factores "artificiales" que influncian hoy día tanto la

oferta como la demanda del crédito; y finalmente, contribuirá a incrementar la formación de capitales, única manera de abaratar el crédito.

Para poder realizar una política en este sentido, se requiere devolver a la población la fe en los destinos nacionales. Sólo cuando exista esta fe, habrá voluntad de trabajo y cooperación. Y sólo un Estado inspirado en esa fe podrá realizar los altos fines nacionales.

Muchos consideran a la economía como un asunto materialista y sin interés para personas dedicadas a la vida espiritual. No debe olvidarse, sin embargo, que la economía es sólo un sector de la realidad y que en ella deben primar las mismas fuerzas que actúan en toda la Creación, para que realice sus verdaderos fines.

La economía liberalista destruyó sus propios fundamentos, al apartarse de la base de nuestra existencia y volverse completamente pagana y materialista. Hoy día es preciso reconocer que tal camino conduce a un abismo y que es preciso recurrir a fuerzas más sublimes y elevadas para salvar incluso la parte material de nuestra existencia.

## **“EL DIARIO ILUSTRADO”**

Las mejores informaciones del país y el extranjero.

Su página de redacción no tiene competidor  
en el país

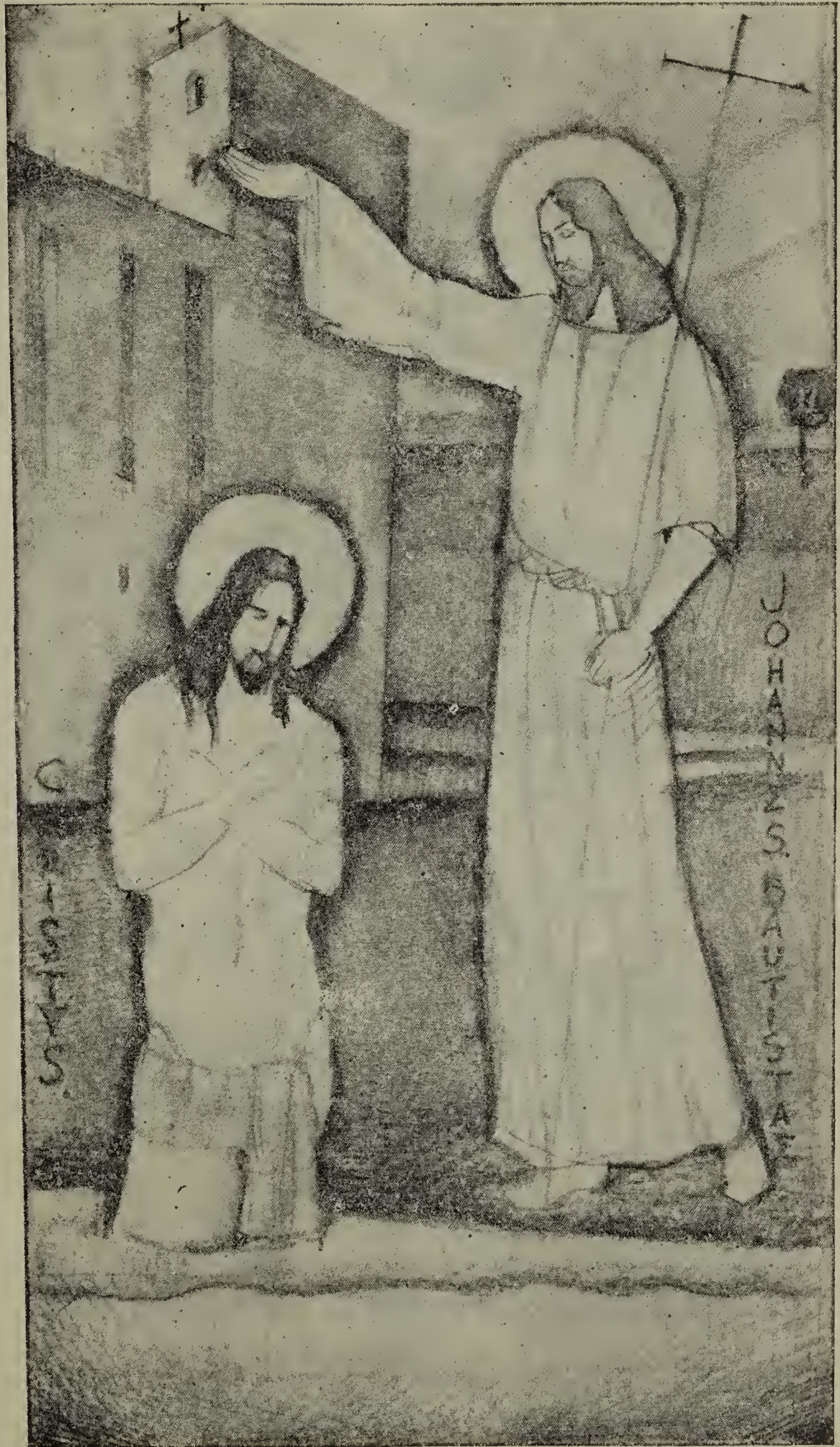
Escuche nuestra Radio Estación, trae los mejores programas.

Exija a los suplementeros **“El Diario Ilustrado”**

*Oficina de avisos y suscripciones: MONEDA 1158*

# BAUTISMO DE JESÚS

ESTUDIO PARA LA PARROQUIA DE SN. JUAN EVANGELISTA



FERNANDO VALENZUELA





Diego Duble Urrutia

## La polémica de los Anglicanos en "El Times" de Londres

Un nuevo aspecto del debate.—El cristianismo queda sin definición y se trata de saber lo que es el espíritu moderno, el modernismo.—Límites entre la ciencia, la filosofía y la religión.—¿La fe, tiene derecho a vivir?—Una lección fundamental de criteriología.—Otra de cristianismo práctico.—Intervienen en el debate los científicos Mac Bride y Young, el Arzobispo de York, el Obispo de Gloucester y el padre Jesuíta D'Arcy

Terminamos con este artículo la exposición, iniciada en el último número de "ESTUDIOS", de la interesante polémica sostenida por las mayores autoridades del anglicanismo, en "EL TIMES" de Londres, sobre tópicos fundamentales de actualidad religiosa mundial.

Ante la negativa del arzobispo de Canterbury a definir el cristianismo y ante el silencio del arzobispo de York y demás altos miembros de la jerarquía inglesa en presencia de problema tan fundamental, el mayor iniciador de la polémica, profesor Mac Bride, publicó el 9 de Julio en el gran cotidiano inglés, bajo el título: "El cristianismo en el mundo moderno. Verdad imperecedera", una nueva, clara y firme carta. En ella daba una vista de conjunto al debate y a las numerosas críticas públicas, y a muchas de carácter particular, que se habían hecho a sus ideas, e insistía valientemente ante el arzobispo de York para que iluminara a la Inglaterra anglicana sobre los problemas en discusión. Vale la pena reproducir con alguna extensión los conceptos principales de esta carta.

"Me es imposible — dice — responder a la mayor parte de mis críticos. Cuando se me dice que los arzobispos desean llevar la juventud a "dar testimonio de la realidad de Cristo", y no del cristianismo; que el cristianismo es el conocimiento de una persona y no la adhesión a proposiciones intelectuales, y que es una cuestión "de vida" y no de conocimiento, mis críticos olvidan que ya están usando un lenguaje teológico que supone implícitamente la verdad de una media docena de dogmas. Indudablemente el cristianismo es

una cuestión de conducta y no sólo de creencia, pero en último término toda conducta humana está basada en lo que un hombre realmente cree". Y después de esta enérgica afirmación antimodernista de la necesidad del dogma y de la primacía de la inteligencia en la religión cristiana, Mac Bride vuelve al nervio de la cuestión en los siguientes términos:

"Todo cristianismo está basado en la tradición, y se puede resumir la discusión entre romanistas y protestantes diciendo que los primeros consideran que tiene autoridad la tradición en su forma actual, mientras que los segundos estiman que es posible remontarse a una forma más antigua y más sencilla que representa más exactamente la esencia del cristianismo. (Sic). Pero una vez que los sabios modernistas han llevado a cabo su labor, cuando nos han enseñado cómo la antigua Iglesia consideró la vida, lo que San Pablo pensó realmente, y aun cómo el propio fundador (con minúscula en el original) contempló el universo, y cuando nosotros les respondemos: "sí, todo eso es muy interesante y verdadero, pero ¿hasta qué punto podemos adoptar esas ideas, dados nuestros actuales conocimientos acerca del universo y de las leyes de la naturaleza, que son las leyes de Dios? ellos quitan el cuerpo a la respuesta, guardan silencio".

No olvidemos que Mac Bride es un "cientista", que divide la revelación escrita y la verdad dogmática tradicional en "elementos de valor permanente y elementos de valor temporal", que niega los milagros o siente repugnancia por ellos. He aquí los términos en que se dirige al arzobispo de York decidido a obtener una respuesta a su pregunta de fondo:

"El arzobispo de York, de quien leo actualmente con gran placer las Gifford Lectures y cuya manera de apoderarse de los principios biológicos admiro, dice que a menos de estar dotado de infalibilidad no puede aceptar la misión de separar el elemento temporal del elemento permanente en la religión, porque se trata de una misión sin fin y progresiva. Con gran respeto me atrevo a diferir de su opinión. Ambos creemos que existe un núcleo de 'verdad imperecedera' en el cristianismo, y mientras más eliminemos la ganga inútil de las cosas temporales, con más brillo resplandecerá la joya interior. En fin de cuentas obtendremos lo permanente y lo estable. Creo además que la época presente pide un esfuerzo especial, pues he notado que las personas algo viejas, como yo, que conservan la fe en el valor del cristianismo, adoptan un modus vivendi espiritual entre las ideas más antiguas y las más nuevas. Pero los intelectuales más jóvenes (y el porvenir les pertenece) se arrojan con infalible instinto sobre los puntos débiles de esos cómodos, y ¿quién podría condenarlos

por ello? Si el arzobispo tomase la iniciativa de un esfuerzo común para explicar lo que es el "núcleo de verdad imperecedera" de la fe que profesa, se conquistaría la gratitud, no sólo de cientos de miles de hombres "pensantes"; sino la de miles de eclesiásticos de su propia Iglesia".

Tres días después el arzobispo interpelado volvía a escribir en "El Times" "por no faltar a la cortesía", pero en su respuesta fué más lejos que la primera vez, bien que en el fondo volvió a excusarse:

"Debo rehusar la invitación del Prof. Mac Bride, aunque no estoy seguro de cual de las dos cosas siguientes quiere: Habla de un "núcleo de verdad imperecedera" que sería necesario desprender de su ganga temporal. Si se refiere a esas partes de la creencia cristiana tradicional que podemos esperar sean mantenidas siempre por la Iglesia, y por lo tanto "núcleo de verdad imperecedera" en el sentido de que permanece sin variación a través de los tiempos, yo me encuentro obligado a repetir mis anteriores excusas respecto de la necesidad de estar dotado de infalibilidad para desempeñar esa tarea; pero permitidme señalaros el Símbolo de Nicea (el Credo) como lo que yo estimo ser la expresión de ese núcleo de verdad imperecedera.

"Si por otra parte, con esa frase el prof. Mac Bride quiere referirse, como me lo parece, a un conjunto de verdades que deben ser observadas, y que habrían sido dadas a los hombres, o aprendidas por ellos en una fecha determinada — conjunto independiente de todo acontecimiento histórico — en ese caso, insisto en que semejante "núcleo" no puede ser observado en el cristianismo porque el cristianismo no lo contiene. Yo miro el carácter histórico del cristianismo como una parte de su esencia. El texto esencial no es "Dios es amor", sino "Dios ha amado tanto al mundo que ha dado su Hijo único". El hecho de que en el Símbolo se encuentren las palabras "bajo Poncio Pilato", no es un accidente. Si el profesor ha hablado, pues, en el primero de los sentidos que he dado a su frase, debo rehusar la invitación porque pienso que la tarea propuesta no puede efectuarse; si ha hablado en el segundo sentido debo rehusar porque creo que no conviene llevarla a cabo".

He aquí al maestro y apóstol de Cristo transformado por obra del protestantismo y del modernismo en un simple funcionario. De su respuesta sólo dos cosas claras quedan en pie: su "estimación" — ya que no podemos llamar eso fe — manifestada incidental y cautelosamente, de que las verdades contenidas en el Credo de Nicea constituyen la expresión de ese núcleo de verdades, que pueden ser llamadas im-

pereceras o eternas en el sentido de que, de hecho y hasta ahora, en el curso de los siglos, no han variado, y, por lo tanto, “se puede esperar que sean mantenidas siempre por la Iglesia”... (lo que recuerda a aquellos “sabios, que son inmortales mientras viven”, de que se burlaba Heine); y la segunda, el deseo del señor Arzobispo de que no se le siga poniendo en aprietos, ya que sólo ha respondido al “desafío” de Mac Bride — son sus palabras — “por cortesía... Calló, en efecto, Mac Bride; nadie volvió a pedir definiciones de “cristianismo” y la polémica habría terminado en punta sin la intervención de otra eminencia anglicana, digna espiritualmente de este nombre, el Obispo de Gloucester, quien trajo a la discusión un tema nuevo que dió oportunidad a la intervención de varias personalidades ilustres, entre ellas la de un católico romano, el Padre M. C. d’Arcy, de la Compañía de Jesús.

La carta del Obispo despierta interés desde el principio al fin. Su título es: “El cristianismo, hoy. ¿En qué consiste la mentalidad moderna?”. He aquí sus conceptos principales:

“He leído con interés — empieza — las cartas del profesor Mac Bride y de otros, sobre el problema de reconciliar el cristianismo con el mundo moderno.

“El problema es sin duda interesante, pero me parece que la siguiente cuestión previa merece una respuesta: “¿qué queremos decir con el término mentalidad moderna?”... El profesor Mac Bride quiere que nos expliquemos sobre lo que es el cristianismo. Pero yo querría saber primero lo que es la mentalidad moderna. Presento esta cuestión porque es extremadamente difícil descubrir un punto, por pequeño que sea, en que nos encontremos de acuerdo. En cuanto cabe, me mantengo al corriente del movimiento filosófico y encuentro en él numerosas escuelas cuya enseñanza es fundamentalmente contradictoria. Y después de pasar en revista el Sr. Obispo los nombres de Alexander, Bradley, Bertrand Rusell, Bergson, Mac Taggart y otros, y la numerosa y contradictoria literatura que acerca de materias filosóficas, y otras, aparece cada día en Gran Bretaña, obra de viejos y de jóvenes que creen poseer la última palabra del Modernismo, y después de concluir que “es difícil adaptar el cristianismo a semejante caleidoscopio”, se refiere particularmente al movimiento científico, especialidad de Mac Bride el cual le ofrece grandes dificultades porque no encuentra en la enseñanza científica “ninguna fijeza ni nada de definitivo”. Una gran parte de la ciencia que se le enseñó hace 50 años ha pasado ya de moda. El “conocimiento actual del universo” tal como lo enseñan los más grandes físicos actuales, difiere totalmente

de la idea de universo que enseñaban los hombres de ciencia del tiempo de la reina Victoria, y está completamente seguro de que dentro de veinte años la idea de universo será expuesta en una forma aun más diferente. De hecho la ciencia le parece ser un flujo continuo. Sus profesores son a veces absolutamente dogmáticos, y están persuadidos de que sus antecesores estaban equivocados. “Pero, ¿qué razón hay para que yo crea — precisa el Obispo — que sus sucesores pensarán en otra forma respecto de ellos? Y en estas condiciones, ¿existe alguna necesidad o conveniencia de encontrar un “**compromiso**” o un modus vivendi para adoptar lo que se llama ideas modernistas?”. No puedo encontrar resultado alguno definitivo en la enseñanza científica que aparece en conflicto con la fe cristiana, tal como ella es enseñada, por ejemplo, en el Símbolo de Nicea, esto es, con la fe en Dios y la revelación de Dios en el Cristo, la Encarnación, la Redención, el Juicio, el Espíritu Santo, la doctrina de la Trinidad, la Iglesia Santa y Católica, la Vida eterna, y, lo que debe ser el resultado lógico de esa enseñanza: la vida cristiana. Esas doctrinas han sido enseñadas desde el principio, son enseñadas actualmente por todas las ramas de la Iglesia cristiana, bien que de un modo distinto y en diferente lenguaje. La manera de exponer el cristianismo debe variar con cada edad y en cada país, pues es preciso enseñarlo en lenguaje inteligible para el pueblo. “Mientras que lo que se llama “pensamiento moderno” me parece tener muy poca fijeza, la verdad cristiana me parece que no cambia y no veo razón alguna para adaptar esta fe a la mentalidad moderna. Yo debo enseñar de modo que el espíritu moderno pueda comprenderla. Debo tratar de influir para que el espíritu moderno acepte esa fe, porque me parece que el cristianismo da un conocimiento de la realidad que ni la ciencia ni la filosofía han logrado dar. No debemos adaptar el cristianismo al mundo moderno, sino que debemos tratar de adaptar el mundo moderno al cristianismo”.

De este magnífico documento en que se empieza por preguntar lo que es el espíritu moderno, se deduce la primera respuesta a esa pregunta: “el espíritu moderno es... un flujo continuo, un cambio sin fin...”.

No responde Mac Bride al Obispo de Gloucester. Otro campeón salta a la palestra: M. Young, espíritu alegremente científico, en el fondo escéptico, modernista lo que no obsta a su decidido anglicanismo... Su colaboración al Times trae este título: “La mentalidad moderna. Objeto de la enseñanza religiosa”. Se trata de un anglicano enamorado, diríamos creyente en la constante investigación, en las hipot-

tesis científicas y sus correspondientes pruebas y contrapruebas. Para él, el espíritu moderno enuncia sus juicios sobre la base de tales hipótesis provisionales. Ese espíritu no ve razón alguna que le permita suponer que se llegará algún día a construir una hipótesis que no sea provisional, pasajera. (Estoy extractando, con precisión, la carta de M. Young). Según él, los hombres dominados por el "espíritu moderno" han abandonado "junto con los vestidos de la infancia, la necesidad, la exigencia de una certidumbre", y como el personaje de no se qué novela inglesa "esos hombres, bajan cada día a desayunarse, encantados de que todas las cuestiones permanezcan abiertas, sin resolución". "En otros términos—precisa M. Young — el espíritu moderno es sencillamente el espíritu dialéctico, tal como lo comprendieron Platón y Aristóteles, pero ajustado hoy a la continua influencia de "informaciones" de que no tuvieron la menor idea ni Platón ni pensador alguno, hasta el siglo XIX".

Mas adelante este enemigo extremo de todo dogmatismo se queja de que la revolución espiritual moderna que se anunciaba como el triunfo del espíritu dialéctico sobre "las concepciones infantiles y juveniles de inerrancia y de certidumbre", haya sido dañada y comprometida por la supervivencia del dogmatismo y su trasposición indebida del dominio teológico al campo de otros estudios. El dogmatismo fué, a juicio de Young, solo una actitud lógica de los hombres que en otros tiempos habían estudiado el Libro santo en frente de los que no lo habían estudiado. "Una vez que esos hombres cumplieron su misión y desaparecieron, el dogmatismo debió ser una actitud imposible, y es por ello un fenómeno que les costará explicarse a los futuros historiadores, la innegable regresión de la generación actual hacia el dogmatismo económico, político, científico, ético y qué se yo... Salvo que se lo expliquen, acaso, por la triste suposición de que la educación moderna ha creado una raza cuya capacidad de leer sobrepasa desproporcionadamente su capacidad de pensar, y para la cual, por lo tanto, toda palabra menos afirmativa que el dogma es embarazosa, insuficiente e irritante, como les acontece generalmente a los niños". Y para ilustrar su punto de vista recurre M. Young a la carta del Obispo de Gloucester. Observa que el Obispo no ha citado la Resurrección entre los dogmas del Símbolo de Nicea, a pesar de que el mismo Obispo sostiene que ninguna de esas verdades fundamentales está en conflicto "con ningún resultado definitivo de la enseñanza científica, es decir ninguna hipótesis científica generalmente aceptada". Y después de tratar de dejar en el aire el criterio de su eminente contradictor, hecha so-

bre el problema en debate todo el peso de su opinión desprovista de la más elemental formación criteriológico-metafísica, y aun de elemental buen sentido, con estas palabras:

“Para el espíritu moderno, es decir el espíritu dialéctico madurado por las experiencias críticas de las cuatro o cinco últimas generaciones, la fe es una cosa modalmente imposible, salvo en el sentido de una aceptación provisional con una firmeza o seguridad proporcionada al peso de la evidencia. Que el espíritu humano haya madurado así o pueda madurar así, es un hecho que debe ser tomado en cuenta de aquí adelante por la enseñanza religiosa y por toda iniciativa que quieran tomar los jefes”.

Dos personalidades considerables responden a M. Young y cierran este debate que ha durado tres meses: el jesuita R. P. d'Arcy, y el Obispo de Gloucester. Sus cartas son dos piezas fundamentales que es preciso saborear. Las extraeremos sin mutilarlas:

“M. Young — comienza el P. d'Arcy — trata de dar una definición del espíritu moderno. Según él este es simplemente el espíritu dialéctico como lo comprendieron Platón y Aristóteles, unido al lujo de informaciones que poseemos actualmente; y con esto quiere decir que el dogmatismo está fuera de moda, que todo conocimiento es hipotético y que “yo puedo bajar cada mañana a desayunarme regocijado de que toda cuestión siga siendo una cuestión abierta”.

Este método, dice D'Arcy — es empleado por Young con el fin de defender el conocimiento hipotético por medio de un extremo... dogmatismo. En una de sus frases va Young hasta hablar de una verdad vieja o envejecida”. Y hasta lo que podría justificar el espíritu de “consecuencia”, de lógica, le falta a Young, pues se remonta a tiempos alejadísimos para buscar sus maestros en Platón y Aristóteles, y hasta afirma que nuestro tiempo se ha distinguido de una manera única habiendo llegado a conocer la gran verdad eterna o permanente de que ninguna verdad es eterna ni permanente... Pero Young “se engaña por exceso de confianza y de dogmatismo”. Deja D'Arcy a los comentadores la tarea de precisar lo que Platón entendía por dialéctica, pues se trata de una cuestión muy difícil; pero “¿quién ha enseñado a M. Young — se pregunta el Padre — que Platón y Aristóteles enseñan la misma cosa, o que Aristóteles habría admitido que la teología, “que en su sistema se identifica con la metafísica “podría ser una ciencia hipotética en el sentido moderno de la hipótesis”. Aristóteles sabía distinguir mejor, — y este es un lugar común entre los grandes filósofos — distinguir entre el campo de las verdades ciertas y demost-

bles, y el de las ciencias “que salvan las apariencias”. Esa distinción es indispensable”. Si queremos progresar en cualquier grado en el saber es indispensable que hagamos esa distinción: y “M. Young, al no haberla hecho, se coloca en la fila de los insensatos”. Y continúa D’Arcy: “No puede existir ningún conocimiento hipotético sin algún conocimiento cierto; ningún avance sin alguna idea permanente del porvenir y del pasado; ninguna evolución sin un fondo inmutable. En su deseo de dar cuanto antes un golpe de gracia al dogmatismo teológico, M. Young ha destruido la base misma de la ciencia para convertirla en un infantil juego de imitaciones. “Y más adelante: “La verdadera cuestión es la de los límites propios de la ciencia, la filosofía y la religión. El lugar de la hipótesis en muchas de nuestras especulaciones ha sido reconocido desde hace mucho tiempo, y lo que M. Young viene a decirnos sobre la hipótesis y la dialéctica no aporta luz alguna al asunto. La hipótesis nos ha ayudado a proximarnos a la comprensión de las obras de la naturaleza, y cuando la filosofía o la religión se han entrometido indiscretamente en su dominio, se han visto con frecuencia obligadas a retirarse. Pero el razonamiento hipotético tiene sus límites. ¿Cree M. Young que Napoleón es una hipótesis de los historiadores? Parece que cree que la Resurrección ha descendido aún abajo más que ese nivel. Yo le puedo asegurar que cuando él, u otro alguno, invente una teoría diferente del cristianismo, y que sea tan plausible como éste, ella será el objeto de una atención razonable de parte de los teólogos. La desgracia es que hombres como M. Young y el profesor Mac Bride, en nombre de las ciencias exactas escriben cartas casi totalmente inexactas. Hacen un mal servicio a la ciencia y dan al teólogo la tentación de creer que él es el único experto razonable que ha quedado en el universo. En todo caso está pronto a discutir razonablemente toda objeción que se haga a la fe cristiana, siempre que el objetador no sea a la vez demasiado dogmático y demasiado hipotético”.

A esta admirable carta se siguió cinco días después la última del largo debate. Desde su sede escribió el Obispo de Glowcester bajo el siguiente título: “El espíritu moderno. El escepticismo de los cientistas”. Comienza por negar el Obispo, que el género de espíritu que M. Young tiene por moderno lo sea realmente. Nada más viejo que el escepticismo. El griego Arcesilao ya fué un maestro de ese espíritu de duda, de suspensión del juicio en materia científica. Eso puede ser una regla admirable para el investigador pero es demasiado insuficiente como guía en la vida y como regla de nuestros actos. Mas aun, ese espíritu no es un rasgo caracte-



rístico del espíritu moderno. No es, por ejemplo, el rasgo característico de Lenín y de sus discípulos, a quienes muchos tienen por gente sumamente moderna. Si no pudiéramos oponer a estos señores sino una serie de hipótesis, nuestra posición sería probablemente muy débil...

Refiriéndose al punto concreto del Símbolo de Nicea, dice el agudísimo prelado:

“M. Young me concede que “ningún resultado positivo de la enseñanza científica está en conflicto con ciertas doctrinas”, pero me acusa de escogerlas a estas “cuidadosamente, juiciosamente”. No. No las he “escogido” si con ese espíritu, sino que he enumerado las principales doctrinas de la fe cristiana. Parece insinuar que yo creo que la doctrina de la Resurrección está en conflicto con los resultados definitivos de la enseñanza científica. ¿Tendría la bondad de precisarme cuáles son esos resultados? ¿Acaso la ciencia ha establecido que no puede acontecer nada que sea contrario al orden corriente o conocido de la naturaleza?... Si el cristianismo es verdadero; si la Encarnación, a la cual M. Young ha dado su consentimiento, es igualmente verdadera, otros fenómenos igualmente extraordinarios son no sólo posibles, sino probables. La ciencia nos dice que el mismo antecedente es seguido del mismo resultado. He ahí todo lo que la ley de uniformidad prueba realmente. Ahora bien, si Nuestro Señor es el Hijo de Dios, un antecedente absolutamente nuevo se ha introducido (y hay que contar con él)”.

Hace en seguida notar el Obispo de Gloucester que M. Young cambia de argumento y dice que no hay en esa materia una prueba suficiente. Sí; esa prueba suficiente existe. Podría ser expuesta en el Times si este paciente diario permitiera que se escribiera en él toda una apologética cristiana. Pero le basta al Obispo recordarle a M. Young que su amigo, el sabio M. Arnold, aceptaba que la Resurrección de N. Señor Jesucristo era un hecho tan bien probado como cualquier otro hecho de la historia. “El cristianismo — precisa el Obispo — comprendida en él la Resurrección que lo autentifica, y que a su turno es autentificado por él, es una revelación, y nosotros lo aceptamos porque la prueba histórica nos parece suficiente, porque las esperanzas del judaísmo realizadas en el cristianismo y la historia misma del cristianismo le aportan un sólido apoyo, porque la experiencia colectiva del mundo atestigua su valor, y porque responde a nuestras necesidades espirituales. Para un cristiano reflexivo la prueba es múltiple y convincente. Nosotros encontramos en el cristianismo un guía suficiente para la vida y para nuestros actos”.

Y después de este cerrado alegato, al cual sólo le falta acaso la pública, reverente y humilde confesión de la gracia divina, fuente altísima de la fe y del amor que la vivifica y hace posible estas argumentaciones apostólicas, cierra la polémica afirmando que nada de lo que “el espíritu dialéctico, madurado por la experiencia crítica de las cuatro o cinco últimas generaciones”, pueda enseñarnos, está en conflicto con esas verdades espirituales. Tampoco encuentra razón alguna para aceptar la enseñanza moderna, cuando ve que el propio M. Young insiste en “la melancólica suposición de que la educación moderna ha creado una raza cuya capacidad de leer sobrepasa desproporcionadamente su capacidad de pensar, y para la cual, en consecuencia, toda expresión más afirmativa que el dogma es embarazosa, irritante e insuficiente, como acontece por lo común con los niños”. “No me parece que el espíritu moderno haya alcanzado mucho éxito”... es la última frase, que, como conclusión de su carta, dirige a M. Young, y a los demás espíritus infantiles moldeados por el cientismo y el modernismo, el hábil e irónico obispo de Gloucester.

NOTA.—En nuestro artículo publicado en el último número de “Estudios” se dijo por error que la población católica de China es de cinco millones cuando debió decirse de tres. (D. D.).



## COMUNISMO Y FASCISMO

La prensa europea se ha ocupado con detenimiento en los últimos meses de la generación y fines de los llamados Frentes Populares, cuyo triunfo en las elecciones francesas y españolas ha sido de tanta resonancia. En el deseo de informar aunque sea someramente a nuestros lectores sobre materia de tanta actualidad como apasionamiento, transcribimos a continuación algunos párrafos de un artículo aparecido en la "Revue de Deux Mondes", de 1.º de Junio:

"Las elecciones francesas de 26 de Abril y del 3 de Mayo de 1936 marcan la primera parte de una empresa comunista profundamente meditada y minuciosamente preparada. Sería muy superficial la opinión del que viera en ello un simple episodio electoral favorecido por un gobierno débil. Es mucho más. Es algo nuevo en nuestro país. Situaciones antiguas pueden haber sido utilizadas, mas eran ya desde antes muy hábiles. La dirección general de las operaciones, el empleo de los medios, el acaparamiento de fuerzas electorales ya existentes, todo supone una dirección experimentada y poderosa, la dirección de Moscú.

"No son hipótesis que podrían parecer dudosas, ni revelaciones que podrían asustar. Son las conclusiones de todo estudio atento de la historia de estos últimos meses y de todo un análisis de documentos numerosos y públicos. El comunismo es una doctrina. Sus partidarios tienen un plan, una táctica, un método. La han explicado en libros generalmente claros y bien hechos, en folletos, en discursos, en diarios que son muy instructivos. Basta constatar cómo concuerdan frecuentemente los resultados obtenidos y los esfuerzos anunciados para persuadirse de que no se trata de encuentros fortuitos. Hay un plan de conjunto. Las elecciones francesas son sin duda alguna un éxito notable para los organizadores del bolchevismo.

"El instrumento de los comunistas para alcanzar la victoria electoral, que no es para ellos sino un prólogo, ha sido el Frente Popular. Ellos lo han creado. Ellos han sido sus propulsores. Ellos lo han hecho adoptar por los socialistas y por los radicales. Ellos le han fijado el programa, voluntariamente moderado. Y esto no es, bien entendido para ellos,

sino un comienzo. El sufragio universal en sí les es indiferente. El porvenir del Parlamento también. La suerte de los radicales y socialistas igualmente. El comunismo persigue sin descanso, la instauración de una sociedad nueva como en Rusia. Su objeto no es en ningún modo un éxito electoral, que parece a los bolcheviques despreciable, si no una preparación para la acción. Su fin es la dictadura del proletariado y la institución de los Soviets.

“Desde hace quince años los comunistas han hecho en Francia una propaganda muy activa. Han formado centros, han alistado tropas y han hecho algunas demostraciones. Y han llegado a algunos resultados ya que las elecciones de 1932 les habían dado gran número de votos y diez asientos en la Cámara. Pero a pesar de todo efectivamente las tropas comunistas en estos diez últimos años no habían aumentado tanto como lo deseaban sus jefes. Y la dominación del “Cartel” que hacía adelantar los asuntos de la revolución comunista, parecía haber dado todo lo que de ella se podía esperar. Entonces ante las elecciones de 1936 los comunistas resolvieron formar el Frente Popular. Gran novedad para todo observador imparcial. Gran cambio de táctica de parte de los bolcheviques. Durante mucho tiempo los comunistas no tuvieron sino palabras duras para con los burgueses radicales y los socialistas parlamentarios aliados de la burguesía. Se puede decir que nunca se hizo una crítica más severa del radicalismo y del socialismo. En los discursos y en los escritos bolcheviques se encuentra una verdadera requisitoria sobre estos dos partidos políticos. En realidad la diferencia entre el bolchevismo de una parte y el radicalismo y el socialismo de la otra no es una diferencia de grado, sino de naturaleza. El régimen soviético, que es para los comunistas el único de revolución total, no tiene nada de común con la democracia de los radicales, ni con la república de los socialistas. La oposición del comunismo era por lo tanto sólida y durable.

“Bruscamente ésta cesó, por instrucciones venidas de Moscú. El momento pareció oportuno a los comunistas para constituir una gran masa importante, y proceder a juntar las fuerzas populares, donde hubiesen artesanos, obreros, campesinos y pequeños funcionarios, intelectuales y burgueses. La crisis económica, la situación financiera, las complicaciones diplomáticas habían creado un estado de descontento general y de inquietud que les tentaba explotar. Para tener éxito era necesario desde luego reconciliarse con los socialistas y radicales, era necesario enseguida encontrar para esta masa directivas simples, no chocando con sus costumbres y conforme con sus pasiones. De ahí la sutil invención de la lucha contra el fascismo entonces cuando no había fascismo en Fran-

cia. De ahí las fórmulas conocidas de la defensa republicana. De ahí los artículos favorables, tranquilizadores fraternales de los programas electorales donde todo era cuestión de unión, de paz, de libertad, de reconciliación nacional y de bienestar. Y estas palabras han inducido a error (o han engañado) a muchas personas entre la gente ilustrada y hasta entre los católicos.

“Una masa así constituida es un disparate, tiene toda clase de matices y no es tampoco toda revolucionaria. ¿Quién lo sabe mejor que los comunistas? Provocando este gran movimiento de opinión en un país donde los pequeños propietarios, los pequeños ahorrantes, los pequeños acreedores del Estado abundan en gran cantidad, no podían pensar ni menos desear convertir de repente cinco millones de electores y trescientos cincuenta diputados al comunismo tal como lo entienden en Moscú. Ellos no ignoran que el voto de muchos franceses es un movimiento contra el gobierno y contra las dificultades de la vida. También han tenido buen cuidado de no asustarlos con programas imprudentes. Han aprovechado una ocasión magnífica para formar, no un verdadero ejército revolucionario, sino una confusión de la cual podría resultar algún día este ejército, y que sería un instrumento poderoso contra la sociedad. La marcha del Frente Popular contra lo que queda del Estado, es el primer paso en un camino que llega mucho más lejos”.

Del artículo político aparecido en el número de Junio recién pasado de L'ILUSTRAZIONE VATICANA, firmada por Spectator, y titulado “LA QUINCENA INTERNACIONAL” traducimos las siguientes observaciones relativas al comunismo y al fascismo en diversos países europeos.

“Es un hecho que la aparente moderación del comunismo no es una simple maniobra electoral de “envolvimiento”, sino una táctica más profunda y de mayor alcance. Hemos leído que un orador comunista se ha expresado en los siguientes términos en un comicio francés, verificado después de las elecciones:

“Los radicales socialistas han perdido asientos en el parlamento. No me he alegrado por ello: en realidad no parece deseable que en Francia las clases medias vean desaparecer la expresión política que se llama radicalismo. Debemos recordar que es precisamente en los países donde los partidos medios han desaparecido demasiado pronto donde se ha instalado el fascismo”...

Y después de eso hemos oído todavía a otro orador del mismo comicio comunista expresarse con la increíble moderación realista que sigue: “Los electores franceses no se han pronunciado por la revolución, sino por un programa mínimo, que es el del Frente Popular. Nosotros no somos ni “puts-

chistas" ni partidarios del "todo o nada"; haremos frente a nuestras responsabilidades colaborando en el mejoramiento de la suerte de las clases trabajadoras dentro de los cuadros de la sociedad actual... Queremos antes de todo, que tenga éxito el experimento que ha deseado el pueblo. Ahora bien, la solidez del Gobierno y la realización de su obra dependerán de la cohesión de los partidos del Frente Popular".

Al mismo tiempo una agencia oficiosa rusa envía desde Moscú el siguiente comunicado a la prensa:

"Una comisión enviada por Moscú inspecciona actualmente las iglesias en un cierto número de grandes ciudades de la Unión soviética. Se informa particularmente de sus necesidades, con la intención de facilitarles, próximamente, el ejercicio del culto. En ciertas regiones la comisión ha examinado, junto con los eclesiásticos responsables, la posibilidad de la vuelta de las campanas, y también ha propuesto abrir créditos para su renovación. Se sabe que la mayor parte de las campanas han sido fundidas o destruidas en la época de la revolución y de la guerra civil".

Bien examinada esta noticia no dice gran cosa, porque sólo habla de estudio de consideraciones y de proposiciones. En todo caso es claro que ha sido lanzada por la agencia rusa para dar la impresión de que el gobierno soviético se preocupa del ejercicio del culto o lo favorece con contribuciones financieras. La noticia no puede tener, por lo tanto, otra finalidad que la de influir en la política europea; pero el Santo Padre nos ha puesto ya, en guardia, y con cuanta razón, contra ilusiones tan peligrosas. Por otra parte bastará recordar que en la misma Francia, en el reciente Congreso de Ivry el secretario del partido bolchevique Thorez, al mismo tiempo que recomendaba extender la mano a los jóvenes obreros católicos, declaraba: "Nosotros no abandonamos, sin embargo, la crítica de la religión, la lucha por la doctrina de Marx y de Lenin y por nuestra filosofía materialista", y recordaba que Marx escribió en una ocasión: "La crítica de la religión es la primera condición de toda crítica".

Dos razones, dice la Ilustración Vaticana, determinan al comunismo a adoptar su nueva táctica: "la una que contempla la existencia del Estado soviético ruso, y la segunda la existencia y la posibilidad del mismo movimiento comunista en los Estados de Europa y de América. La palabra de orden de Moscú es la de acaparar dondequiera simpatías, y atenuar las preocupaciones de las clases burguesas, a fin de que Moscú pueda usufructuar del apoyo y de la alianza de las naciones democráticas en caso de un ataque de parte de Alemania. Stalin no se disimula que el Japón en el Extremo Oriente, y Alemania en el Occidente pueden unirse cualquier día para abatir el Estado proletario. De aquí la necesidad de acariciar

las clases burguesas y liberales de Francia, Inglaterra, Bélgica y la Pequeña Entente.

La segunda razón es todavía de mayor alcance. Desde hace tiempo los comunistas de todos los países han comprendido que la táctica extremista de enardecer la situación política universal hasta hacer estallar la revolución, ha fracasado, y que al obrar de esta manera los comunistas han corrido el riesgo de perder en todos los Estados europeos, la Francia comprendida, la libertad de organizarse y de desarrollarse como un partido político. He aquí por qué la segunda palabra de orden para todo el mundo ha sido la de favorecer y sostener las alianzas y los bloques "contra el peligro fascista".

En Francia — continúa la Ilustración Vaticana, esta táctica tuvo éxito, porque la burguesía radical estaba ya alarmada, como consecuencia de las sangrientas demostraciones (de las "ligas") del 6 de Febrero. Toda la campaña electoral se hizo, pues, sobre la base del peligro de la dictadura, y todavía hoy, terminada la campaña, leemos que el diputado radical Heuillard, en una sesión del Consejo del partido aclamó a Daladier, "como al Danton de la nueva convención", reevocando a Saint Just, Marat y Robespierre, y atacando a "Bonaparte, primer fascista después de la revolución francesa".

Hay que esperarse, pues, a que mientras domine esta psicosis de guerra civil, la táctica comunista permanecerá sin modificaciones.

De resto el binomio comunismo—fascismo se encuentra enfrentado en diversos países,—continúa la revista del Vaticano.

¿No hemos oído, por ejemplo al nuevo Jefe del Gobierno español proclamar que el peligro fascista existe y que "ante el fascismo el gobierno no es neutro, sino combatiente?". Quiroga "no cree que la República esté en peligro, pero es indudable que el régimen debe defenderse". Pero no basta, dice, parar los golpes, hay que pasar al ataque. El gobierno perseguirá a los enemigos de la República donde se escondan. Es intolerable, concluye, que los tribunales absuelvan a los adversarios del régimen que son acusados ante ellos. (Se refiere a Primo de Rivera y sus amigos)".

Gil Robles ha respondido en el mismo debate de las Cortes que ni la ideología ni los métodos de la Acción popular son fascistas. De todos modos es innegable que los progresos del fascismo en España son incotestables. Causa de ello son la crisis de la idea democrática y las persecuciones". Pero la causa más profunda, según Gil Robles, es el hecho de que exista un partido perteneciente a la mayoría, que obedece a las órdenes del extranjero. Esto impulsa a los patriotas al

fascismo" el cual es por ahora (en España) una idea confusa, pero que se podrá convertir mañana en una realidad concreta".

Continúa la revista vaticana:

"Como consecuencia, los católicos, o mejor dicho la mayoría de ellos que está organizada en la Acción Popular, buscan en España, entre las dos doctrinas en conflicto un camino medio, el conocido "camino central" señalado en el programa mismo de la Acción Popular. En una entrevista Gil Robles ha afirmado que la Acción Popular deberá transformarse en partido social, y que también las clases conservadoras de España deberán aceptar hacer algunos sacrificios voluntarios si no quieren verse forzadas a sacrificarlo todo. "Nosotros somos evolucionistas y progresistas — concluyó Gil Robles — y no nos dejaremos seducir por la doctrina de la violencia, pero en todo caso deberemos insistir en que se lleven a cabo las más radicadas reformas sociales".

La misma posición de centro busca en Francia el pequeño "partido demócrata popular". En su reciente Congreso Nacional, el leader del partido, Charpetier de Ribes, ha hecho sobre las elecciones y sus consecuencias en el porvenir, las siguientes declaraciones:

"Los franceses han votado, por lo general, rojo o blanco. Frente Nacional y Frente Popular. Era fatal que en estas condiciones las dos alas ganaran votos, pero que al fin prevaleciese la izquierda. Cada vez que el país tiene miedo de la dictadura y de la reacción — decía ya Poincaré en 1924 — se arroja inevitablemente más hacia la izquierda". "El partido demócrata popular gusta de las situaciones claras y de las posiciones netas; se prestaría para una experiencia Van Zeeland pero se negaría a un experimento Kerenski. Nuestra actitud, en todo caso no será nunca negativa ni demoleadora, sino afirmativa y gubernativa. "Defenderemos la República, renovándola, para salvar las libertades republicanas. Trabajaremos por renovar la economía para salvar el orden social. En los tiempos de desorden en que vivimos, cuando la mecanización de la vida, la invasión materialista, y los peligrosos contagios dictatoriales, amenazan trastornar uno a uno todos los valores morales en que reposa nuestra civilización europea, nosotros afirmamos una vez más nuestra fe, firme en la potencia salvadora de las fuerzas morales sin las cuales no hay dignidad humana, ni orden social, ni fraternidad".

Es muy sabido, sin embargo — comenta la revista vaticana — que parte de los católicos franceses pisan de otro modo en esta materia, y que, preocupados sobre todo de impedir la penetración comunista, votan por los candidatos de derecha, y particularmente por aquellos que manifiestan la



más viva simpatía por ese sistema de reformas que, con razón o erróneamente, es conocido en Francia con el nombre de fascismo. Decimos con razón o erróneamente, porque si como ha sostenido Calvo Sotelo en las Cortes, es estúpido afirmar que el fascismo es una creación del capitalismo, también es por otra parte verdad, — como lo hacía notar en Francia D'Ormesson, que muchas de las reformas sociales ardientemente sostenidas por el Frente Popular francés ya han sido llevadas a cabo o están en vías de serlo, en los regímenes autoritarios. Cuando se tenga el tiempo, y la tranquilidad necesarias para someter la situación a un examen objetivo, y se quiera devolver a las cosas sus verdaderos nombres, convenirá ajustar toda la terminología actual a las situaciones reales y a los hechos efectivos.

Es también un hecho que en Bélgica, el movimiento rexista que acaba de obtener un gran éxito electoral, es un movimiento que se aproxima al fascismo, si no en los métodos de conquista — le falta el “escuadrismo” — seguramente en la finalidad antiparlamentaria y corporativista. En una declaración publicada por la NATION BELGÈ el jefe de los rexistas, el joven (28 años) León Degrelle, desmiente que la victoria del rexismo signifique la iniciación de una dictadura; “por lo contrario, será el comienzo de una cruzada que hará pedazos la dictadura de los partidos y devolverá al pueblo la libertad de decisión y de acción”.

“Nuestro esfuerzo se desenvolverá en sentido perfectamente constitucional”.

Y observa L'Illustrazione Vaticana:

“Queda firme el hecho que una notable fracción de los electores católicos ha abandonado los cuadros tradicionales de la derecha y ha manifestado su desconfianza en el actual sistema parlamentario.

“Es difícil prever si esta rebelión electoral irá hasta el fondo y conducirá a un cambio radical del sistema representativo, llevando a cabo — bien que por medios constitucionales — una revolución de carácter fascista.

“Los socialistas del “PEUPLE” evidentemente lo temen, porque ya están invocando el frente único de las “libertades populares”; por su parte los católicos de “La libre Belgique” ven en la derrota “una dura lección” inflingida a los dirigentes de la derecha, incapaces de purgar al partido de elementos financieramente comprometidos, y hacen votos porque el viejo partido de carácter democrático salga de la crisis más compacto y más dinámico.

Finalmente, en sentido contrario ha sido comentada la solución de la crisis en Austria. Se trataría de una inclinación hacia la izquierda. Pero también aquí hay que ponerse en guardia contra la tradicional terminología de izquierda y

derecha. Lo que parece seguro es que los cristianos sociales vieneses vuelven a preocuparse de la absorción, en el nuevo régimen, de las masas que antes fueron socialistas.

Es preciso no olvidar que si el problema austriaco depende, por lo que se refiere al extranjero, del nazismo (alemán) por lo que toca a la situación interna consiste sobre todo en la superación del socialismo, movimiento que en Austria ha tenido más larga difusión que el nacionalismo pangermanista propio sólo de las clases cultas”.

**IMPONGASE DE LA TRAYECTORIA DE LA  
POLITICA MUNDIAL**

en

**“LA SEMANA INTERNACIONAL”**

**El periódico más noticioso e interesante**

# NOTA

## BIBLIOGRAFICA

**MANUAL YOCISTA.**—Por Luis María Murcia. — Editado en Bogotá por el Comité Ejecutivo Nacional Yocista a fines de 1935.— Aprobado por la Autoridad eclesiástica colombiana. 160 págs.—

Junto con abordar a fondo los problemas que afectan a la juventud de la clase trabajadora, con gran claridad señala las experiencias yocistas realizadas en Colombia, encaminadas a solucionar la totalidad de los problemas de la juventud obrera en dicho país.

Solo conocíamos la organización, fines y resultado de este movimiento en Europa por las informaciones que nos proporcionaron el Rdo. Padre Vives y el Pbro. don Oscar Larson, y este libro nos ha puesto en contacto de un movimiento similar americano, que ha llevado a espléndidos resultados los métodos iniciados en Bélgica por Mons. Cardyn en 1919.

Tanto el Padre Vives como don Oscar Larson tenían cifradas grandes esperanzas en la organización del Yocismo en Chile. Desgraciadamente el primero, sólo alcanzó a formar las bases del movimiento con un selecto grupo de obreros jóvenes de la Liga Social de Chile. Frecuentemente repetía y lamentaba el Padre Vives el abandono en que se encontraba la juventud de la clase trabajadora, especialmente en aquel período de la vida en que más se necesita la religión, por las múltiples transformaciones que se operan y por ser la edad — como decía — “en que se toman las grandes resoluciones que han de influir eternamente en el individuo”.

El yocismo es un movimiento integral, que considera al hombre en sus múltiples aspectos, sin descuidar ninguna de sus actividades y aspiraciones. Uno de los hechos más característicos de nuestros tiempos ha sido la formación y multiplicación de numerosas asociaciones religiosas, educativas, científicas, económicas, profesionales, recreativas, deportivas, etc., lo que imposibilita pertenecer a todas ellas o cumplir las obligaciones que imponen. “Para solucionar este problema — dice el autor — ha surgido la llamada asociación integrista que, a diferencia de aquellas, no se propone un fin particular, vinculado a una necesidad especial, sino que, contemplando al individuo todo entero, busca para sus miembros la solución de todos sus problemas y la satisfacción de todas sus necesidades”. El yocismo, por consiguiente no se presenta exclusivamente al joven trabajador como asociación religiosa, ni como asociación educativa ni como sociedad deportiva o profesional, sino que reviste a la vez todos estos caracteres. El Yocismo toma a sus miembros, tales como son y se ocupa de todas sus necesidades cualesquiera que sean su índole y naturaleza. Por tanto, según sea el aspecto por donde se le mire, aparecerá a los ojos de quienes se contenten con ver de él tan sólo un as-

pecto parcial, ya como una institución docente, para jóvenes trabajadores, ya como una asociación profesional o sindical, ya como un club o centro deportivo, ya en fin, para los de mirada más espiritual, como una sociedad de defensa moral. En realidad el Yocismo no es nada de eso, tomado separadamente, pero, y ahí está su nota característica, es todo eso a la vez". En otras palabras, el Yocismo es la "Organización de los jóvenes trabajadores católicos, obreros y empleados, que quieren defender sus intereses morales, religiosos y profesionales y trabajar en la formación obrera cristiana de toda la juventud asalariada.

Sin embargo, tan hermosa organización no puede realizarse mientras no se hayan formado los dirigentes del movimiento. Antes que nada es un movimiento de "élite", que sin descuidar a la masa de los jóvenes trabajadores se preocupa antes que todo de la formación de los "dirigentes" o "conquistadores", que sean apóstoles obreros, con alma obrera. — "Desde el día— dice el Sr. Muncia que (el yocista) comience a hacerse un pequeño burgués deja de ser yocista". Es un movimiento que tiende a la ascensión de la masa trabajadora dentro de la clase obrera.

Es necesario hacer presente también su valor profundamente cristiano y de clase, y para evitar suspicacias con respecto al primer punto, de numerosos jóvenes trabajadores que creen ver en estos movimientos, fines políticos o personales, copiamos a continuación textualmente lo que dice el autor: "Que permanezca Cristiano, integralmente, completamente, pero no clerical, en el sentido despectivo que los obreros dan a esta palabra. "El clericalismo — dice el abate Desgranges — es la explotación interesada del sentimiento religioso en beneficio temporal de un hombre o de un partido". En este sentido la YOC. no es clerical. Trabaja por el alma de los jóvenes trabajadores sin segunda intención política y económica, según las directivas de S. S. Pío XI".

Finalmente, después de analizar detalladamente los modernos métodos yocistas y de insistir especialmente en su carácter integral: "formación moral", "perfeccionamiento intelectual y físico" "sanos esparcimientos" "bienestar", "progreso económico", etc., termina:

"Expuesta en toda su dura realidad la triste situación en que vive, o mejor, en que parece la juventud trabajadora, preguntamos si hay sector de la sociedad más lleno de problemas y necesidades y que reclame con más urgencia el auxilio de una benéfica acción social."

Nosotros exhortamos y suplicamos a todos los hombres de bien de la República vuelvan sus ojos sobre este sector de la sociedad cuya diseminación lo mantenía al abrigo de todo benéfico influjo, y considerando que allí están las generaciones del mañana, la suerte futura de las clases trabajadoras y el porvenir de la República, se dispongan a indemnizar con una amplia y generosa protección, con una especial simpatía y una atención preferente los años de olvido y abandono en que se dejó al joven trabajador".

"Y quien movido de amor por esta juventud se lance a trabajar en su servicio, encontrará en ella las más insospechadas cualidades y virtudes y, quedará sorprendido al ver que en el fondo de esa juventud trabajadora palpita un noble corazón en el que florecen como en ninguno otro las virtudes de la abnegación, del compañerismo que es fraternidad cristiana, de la disciplina y de la comprensión social. Los hechos demuestran de cuanto es capaz esta juventud".

Podemos decir, en suma que se trata de un libro lleno de interés y actualidad, en que encontramos, junto a una doctrina admirablemente bien expuesta, un conjunto de ideas y de hechos que servirán grandemente al que entre nosotros trabaje por la implantación práctica del Yocismo.

Clemente Pérez Pérez.

**"ARISTOTELES Y LA FILOSOFIA MODERNA"**, por Clarence Finlayson. — Prensas de la Universidad de Chile — 1936.

Es una verdad inconcusa que en vuestro país la tradición filosófica es pobrísima, por no decir enteramente nula. Mientras que las letras se han venido desarrollando, casi desde los albores de nuestra vida colonial, con una continuidad que ha permitido una vigorización de ellas cada vez mayor y el poseer hoy en día varias figuras de proyecciones internacionales, el campo de la filosofía ha permanecido yermo, estéril, sin que nadie o casi nadie se interesase en su cultivo. Tan sólo un grupito pequeño realizó por él antes de ahora una que otra excursión incidental; Lacunza, Juan Egaña, Ventura Marín, Fernández Concha. De filósofos puramente tales, nuestra historia nada tiene que decir.

De allí que el ambiente actual permanezca para con la filosofía en estado silvestre, aunque exista en los programas oficiales cierto engendro, raquíptico e informe, que se ve decorado con el nombre de "Filosofía".

Hablar, pues, en Chile de Filosofía auténtica, ante un público algo numeroso, supone en quien lo intente buena dosis de abnegación, casi diría de heroísmo. No obstante se ha encontrado quien diera el primer paso. La conferencia de Clarence Finlayson sobre Aristóteles y la Filosofía moderna, pronunciada el año pasado y publicada recientemente por las Prensas de la Universidad de Chile, es un anuncio de cambios en nuestro ambiente. Sintetizar las ideas matrices del aristotelismo manteniéndose aferrado al vigor de los principios y dando pruebas de una claridad que hasta en nuestro ambiente disipa dudas, e interesar de este modo a un público apreciable por su número es un síntoma que abre el corazón a la esperanza.

Exactitud rigurosa que no desfallece un momento, claridad en la explicación y, lo que vale aún más, haber captado el espíritu, el alcaloide de la filosofía aristotélica, todo ello hace sumamente estimable el ensayo del joven estudioso y provechosa su lectura. Nuestra juventud que, a diferencia de pasadas generaciones, va comprendiendo — aunque, a veces, en forma más bien instintiva — la importancia de una formación filosófica sólida y libre de farsa, hará bien leyendo esta exposición, donde encontrará un medio de iniciarse, certero y garantido, en las honduras de la Escolástica.

Junto con los parabienes del amigo expresamos aquí el deseo de que no sea ésta la única ni la última muestra que nos de el autor del resultado de sus meditaciones.

Oswaldo Lira P. ss. cc.

**LA POLITICA CORPORATIVA.** Ensayo de organización corporativa, por Alberto Müller y Joaquín Azpiazu.—Editorial "Razón y Fé", Madrid 1935, 268 páginas.

El deseo de dar a conocer en forma comparada los esfuerzos realizados en los últimos tiempos en diversos países para instaurar la organización corporativa, ha movido al eminente profesor de Economía Política del Instituto Superior de Comercio de Amberes, R. P. Alberto Müller, a emprender la redacción de esta obra. Al R. P. Joaquín Azpiazu se debe su divulgación en los países de habla castellana, aunque preciso es advertirlo que no sin que antes hiciera a la misma importantes adiciones—entre ellas un capítulo completo sobre el corporativismo en España—que autorizaron al traductor para transformarse en co-autor.

Se inicia la obra con una breve exposición doctrinal sobre de los fundamentos del régimen corporativo y un rápido recuerdo histórico acerca de la supresión de los organismos sociales naturales por el liberalismo y la implantación del sistema de la libertad ilimitada en el campo del trabajo y de la economía. "Bien pronto la libre concurrencia —se anota allí— engendró la lucha de todos contra todos. Para conquistar el mercado, para defender la propia clientela de la de los rivales, cada productor se encontró en la necesidad de bajar sus precios, aumentar su producción, reducir sus gastos y rebajar el salario de los obreros; los cuales, soportando todo el peso de la lucha, dieron ocasión a que la historia del siglo XIX apareciera llena de miserias proletarias y revueltas contra el régimen opresor".

Interesante es hacer notar que la afirmación anterior dió origen en Bélgica a una controversia por la prensa. En efecto, el 20 de Abril del presente año M. Jean Halleux, desde las columnas del "Bien Public" se creyó obligado a rectificar tal aseveración. Para él el juicio del P. Müller sobre la condición del obrero en el siglo XIX "constituye hoy día uno de esos lugares comunes que la Democracia Cristiana ha creído necesario tomar prestado del Socialismo y en especial del pretendido socialismo científico de Marx. Sabido es, en efecto, que según este autor, la evolución económica tendería a la concentración de las riquezas entre las manos de un número cada vez más restringido de privilegiados, mientras que la masa se encontraría abocada a una miseria cada día más profunda. Pero lo que muchos parecen ignorar y especialmente el Padre Müller, es la refutación de la tesis de Marx por Leroy Beaulieu en su "Ensayo sobre la repartición de las riquezas" y por el Padre Casteln en su estudio sobre "El socialismo y el derecho de propiedad". Estos dos autores han mostrado los beneficios del industrialismo del siglo XIX, apoyándose en los grandes hechos que dominan la historia económica de esta época. Estos hechos son los siguientes: difusión de un bienestar de que la clase obrera no está excluida; alza del salario tanto real como nominal; desenvolvimiento del ahorro popular. Todo esto, no obstante el acrecentamiento de la población que se dobla y triplica en algunas regiones". Y después de extenderse en otras consideraciones, M. Halleux, concluye: "Que entre los detractores de un régimen y de una clase, tomen lugar hombres que más que otros deberían dar ejemplo de objetividad, es algo que no podemos comprender".

El Padre Müller dió respuesta a estas observaciones transcribiendo los claros y contundentes trozos que sobre los abusos de la

libre concurrencia consagran en sus encíclicas sociales León XIII y Pío XI. "M. Halleux — consignó más adelante — nos invita a meditar las lecciones de Leroy Beaulieu, del P. Castelein y de M. Baudhuin. Esta elección traiciona indudablemente sus preferencias por los economistas de la obediencia optimista. Somos más eclécticos. No hemos despreciado tan sabios autores; pero hemos consultado tendencias más pesimistas. Hemos escuchado sobre todo la voz de testigos que consignaron sus observaciones mucho antes que Marx hubiera forjado sus teorías de la concentración del capital y del empobrecimiento progresivo de las masas. Nos permitimos, por nuestra parte, remitir a M. Halleux, por lo que concierne a nuestro país, a la encuesta sobre la industria lanera de 1840, a la encuesta industrial de 1846, a la encuesta sobre el trabajo y la condición física y moral de los obreros empleados en las manufacturas, publicadas en 1846 por Mareska y Heyman y que contiene preciosas informaciones sobre el mundo obrero gantés, a los recuerdos de Ducpétiaux y Visschers. En el extranjero abundan también la documentación, suministrada por testigos cuya veracidad no puede ser puesta en duda. Tenga a bien M. Halleux referirse en Francia a las encuestas de Fodére (1825), de Villeneuve Bayemont (1834), Villermé (1840), a las elocuentes protestas que Obispos tales como Mgr. Donnet (1838), Mgr. Rendu (1845), el Cardenal Regnier (1852), elevan contra la explotación inhumana de los jóvenes trabajadores. Que estudie, para Inglaterra, la admirable campaña realizada en favor de la reglamentación del trabajo infantil por Lord Shaftesbury. Que consulte, por fin, sobre la suerte de los trabajadores en el régimen de la economía liberal, los grandes precursores de León XIII, Mgr. Merrurillod en Suiza, Mgr. Ketteler en Alemania, Mgr. Manning y Mgr. Bagshawe en Inglaterra, Mgr. Gibbons y Mgr. Ireland en los Estados Unidos, y se sentirá edificado. ¡Ah, M. Halleux!, si como nosotros hubiera Ud. interrogado esos testigos auténticos, si os hubierais llenado los ojos del espectáculo de esta "misericordia inmerecida" que ellos han denunciado mucho antes que León XIII, si por encima de todo hubierais pensado en las almas cuya suerte se jugaba y se perdía en este trágico partido, no os inquietaríais tanto al pensar por qué tomamos lugar sin titubear entre los acusadores, no de una clase, cuya responsabilidad nos parece por demás atenuada por la ceguera universal, sino de un régimen que muy justamente ha sido calificado de "soul-destroying", (destructor de almas). Comprenderíais sobre todo, que para conmoverse ante un espectáculo tan angustioso, un cristiano, un sacerdote, no tiene necesidad de ingresar a la escuela de Karl Marx; le basta ser y sentirse discípulo de aquel que fué el primero en llenarse de conmiseración ante las muchedumbres sufridas y abandonadas. "Misereor super turbas"!

Pero no nos alejemos del objeto mismo de esta nota bibliográfica que es el contenido de la obra "Política corporativa". Después de exponerse en ella los fundamentos filosóficos de la corporación y los funestos resultados de la libre concurrencia en el campo económico, se entra al estudio de los esfuerzos realizados en diversos países para restaurar esta concepción orgánica de la vida social.

El caso de Holanda es el que primero se analiza. Y es interesante constatar en él un hecho muy sugestivo: cuando los tra-

bajos por la instauración del sistema social orgánico marcharon al exclusivo impulso de la iniciativa privada, no llegaron a ningún resultado duradero. El ruidoso fracaso del Consejo profesional central católico, constituido espontáneamente en 1919 por las federaciones católicas patronal, obrera, artesana y agrícola, y que no alcanzó a enterar más de tres años de vida, es una prueba de lo aseverado. La concurrencia dominante en el resto del mercado y a la cual no fué capaz de hacer frente dicho Consejo, ocasionó la disolución del mismo. Ha sido preciso en Holanda que el Estado, respetando la iniciativa particular y las asociaciones existentes, tome sobre sí la tarea de dar un impulso uniforme a la vida económico social mediante la paulatina creación de Consejos profesionales nacionales y regionales, dotados de plena jurisdicción.

A continuación se estudia el caso de Italia, en que el fascismo ha impuesto desde arriba una organización corporativa, repudiando para ello todo lo que era fruto de la iniciativa particular y entregando al poder exclusivo de la ley la generación de los cuadros profesionales. El experimento italiano, resulta acaso el más interesante y profundo de los que se realizan en esta materia por el minucioso examen de la realidad que él ha importado, todo lo cual no obsta a que se preste a no escasos reparos en algunos fundamentos doctrinales. Se inició con la ley de 3 de Abril de 1926 que creó las asociaciones sindicales y ha obtenido su completo remate en 1934 con la creación de las 22 corporaciones de categoría. Las proyecciones políticas de él mismo han sido anunciadas por Mussolini en un discurso de hace pocos meses, que hasta el momento no ha cristalizado en un proyecto de reforma. La obra que nos ocupa, después de esbozar toda la trayectoria legal que ha experimentado el corporativismo italiano, censura tanto el excesivo rol que desempeña en el mismo el poder estatal, como el monopolio que ejerce el partido fascista en los organismos sindicales.

Del ensayo portugués se ocupa el capítulo siguiente. Presenta ciertas afinidades con la organización italiana en cuanto ha adoptado como ella el sistema del sindicato único, reconocido por el Estado, pero difiere radicalmente en el hecho de que a este último le está prohibido desarrollar actividades de política contingente Müller se hace cargo del reproche estatista que también se dirige al régimen portugués y al respecto anota: "Claro es que, en principio, sería mejor aún que el Estado se limitara a reconocer y sancionar las instituciones espontáneamente nacidas del fecundo campo de la iniciativa privada y a acantonarse estrictamente en su función esencialmente supletaria; pero hay que conceder al Estado, aún yendo de la mano de la Encíclica "Quada-gésimo Anno", el derecho de "dirigir, vigilar, estimular y frenar, según lo lleven las circunstancias o la necesidad lo exija". Y no parece mal que, ante la apatía natural o la abstención calculada de unos patrones demasiado imbuídos de individualismo, el Estado se entregue por sí mismo a trazar el marco en que ha de obtenerse una más perfecta colaboración".

Sobre la organización alemana trata a continuación el P. Müller. Es interesante hacer notar que el régimen implantado por el nacional-socialismo excluye la base sindical y se funda en cambio en las empresas. Estas tienen al frente el patrono o "führer"



que es secundado por un Consejo y se encuentra bajo la supervigilancia de comisarios del trabajo, elegidos por el Ministerio de Trabajo. "Confesémoslo francamente—dice el autor—la solución hitleriana, si llega a penetrar en las costumbres del pueblo, nos parece más apta para realizar los altos ideales de la unión, que las fórmulas paritarias en que se inspiran los corporativismos italianos, austríacos y portugués, y hacia las que parecen inclinarse muchos católicos holandeses, franceses y belgas; porque tiene más potencialidad para realizar las ansias de la Encíclica "Quadragesimo Anno". No obsta, sin embargo, todo esto para que Müller exprese gran disconformidad con la exagerada ingerencia del Estado en la marcha de las empresas que puede llegar a "realizar sin sacudidas violentas y sin resoluciones la expropiación del capital privado y de los instrumentos de producción que reclama precisamente el marxismo".

A los esfuerzos corporativistas austríacos está dedicado otro capítulo de la obra que comentamos. Frutos de un régimen por demás autoritario, cuya estabilidad no parece ni de lejos estar tan cimentada como la del nacional-socialismo en Alemania y del fascismo en Italia, los ensayos de restauración social que allí se verifican adolecen acaso de precipitación y artificio. Sin duda que la situación política tan incierta exigía una acción enérgica y rápida del gobierno, y también en verdad que por sus tradiciones Austria estaba sin duda más preparada para recibir el corporativismo que otros países; pero es indudable que el edificio tan rápidamente construido apenas en dos años, si lo comparamos con el alzado por el fascismo italiano al través de un paciente estudio de la realidad que ha demorado cerca de diez años y que ha exigido no escasas rectificaciones, nos parece poco sólido.

Del movimiento corporativo en Suiza trata el capítulo VII, aunque en realidad se reduce la exposición al ensayo que desde 1934 se practica en el cantón de Friburgo, y que de todos los vigentes parece el más inspirado en los principios de la "Quadragesimo Anno". Puede encontrarse un estudio completo sobre los avances del corporativismo y sus aplicaciones en la República Helvética en la obra de Max d' Arcis, "Les réalisations corporatives en Suisse" (París — Neuchatel, 1935).

Sobre el corporativismo en Bélgica y España se trata en seguida. En el primero de estos países, sin haberse llegado todavía a nada concreto, se advierte una gran corriente de opinión, particularmente formada por la juventud católica, que simpatiza con este sistema social, y se cuenta, desde luego, con una abundante red de sindicatos y órganos pre-corporativos. En el segundo, aparte unas fracasadas medidas del gobierno de Primo de Rivera, en el momento actual como lo advierte el P. Azpiazu, "los partidos políticos han tomado el corporativismo como "mot d'ordre", y en general quieren incorporarlo a su política, pero no a su política social, sino a lo que se llama expresamente política de partido".

Por último la obra ofrece lieros datos acerca de los "Códigos de concurrencia leal" de los Estados Unidos, de la ley luxemburguesa de 4 de Abril de 1924 que creó las "Cámaras profesionales" a base electiva, de los primeros pasos dados ultimamente en Bulgaria y Brasil en pro de la organización profesional, y de las medidas gubernativas adoptadas recientemente en Suecia, Inglaterra y Francia en favor de la economía organizada.

El interesante trabajo del P. Müller, tan bien complementado por el P. Azpiazu, prueba de manera irrefutable que el fenómeno corporativo es de repercusión universal y que no parece fácil que el liberalismo en derrota pueda impedirle la conquista de la nueva sociedad. De su lectura se saca también otra consecuencia de importancia y es que resulta de todo punto ilusorio fiar la organización corporativa al solo esfuerzo de la iniciativa particular. Prescindir del impulso estatal en la generación del régimen corporativo equivale no solo a negar a la autoridad su papel importante de coordinador de los variados intereses y de gerente del bien común, sino también cegarse ante la realidad y suponer en las distintas profesiones un espíritu de solidaridad y armonía de clases que está lejos de existir. No se trata por otra parte de desconocer los beneficios de la iniciativa privada; ni de atropellar la libre formación de las asociaciones profesionales, ni de entregar la vida corporativa a merced de un Estado dictatorial y omnipotente. Entre ambos extremos, ilusorio el uno y pernicioso el otro, existe un término medio realista y doctrinalmente bueno que junto con propiciar el respeto de los organismos nacidos al impulso de la iniciativa particular y en el indiscutible ejercicio de un derecho natural, reconoce la necesidad de que el Estado proceda a coordinar dichas iniciativas en pro del bien común y a alentarlas e impulsarlas decididamente por medio de la ley. Los que militan en esta corriente intermedia, tienen a su favor no solo el acervo de experiencia recogido en los últimos años en diversos países, sino también la palabra del Pontífice reinante, que en su Encíclica "Quadragesimo anno" coloca como atribución propia del Estado frente a la organización corporativa la de "dirigir, vigilar, estimular y frenar, según lo lleven las circunstancias o la necesidad lo exija".

JAIME EYZAGUIRRE

## «EL IMPARCIAL»

DIARIO DE LA TARDE

Las mejores informaciones.

No explota la crónica roja.

**NOVEDADES Y OTROS LIBROS RECIBIDOS ULTIMAMENTE:**

DANIEL ROPS. — Elements de notre destine .. ..	\$ 17,30
LALLEMENT, D. — Principes catholiques d'Action Civique .. .. .	25,20
PALAU, GABRIEL. — ¿Círculos o Sindicatos? .. ..	16,90
DU PASSAGE, S. I. — Morale et Capitalisme .. ..	25,90
LASKY, HAROLD. — La democracia en crisis .. ..	53,70
GILLET, M. S. — Culture Latine et ordre social .. .	25,90
RIGAUX, S. I. — Est-il vrai que l'Eglise s'en desin- teresse? .. .. .	20,30
TELLIER DE PONCHEVILLE. — Les jeunes catholi- ques et la politique .. .. .	13.—
CASSON. — Conflictos del trabajo .. .. .	14,40
DE LA GORCE, PIERRE. — Au temps du Second Empire .. .. .	31,90
DE MONFREID. — Le drame ethippien .. .. .	32,40
ETIENNE GASTON. — Utilisation des Loisirs des Travailleurs .. .. .	38,20
GRUPO DEMOCRACIA CRISTIANA. — Problemas so- ciales candentes .. .. .	22,60
ACUÑA, LUIS M. — Doctrinas sociales de Marx .. .	7,50
SANCHEZ RUIZ, S. I. — Catecismo social .. .. .	10,10
MATHEI. — Política agraria chilena .. .. .	8.—
CASTILLO, FRANCISCO. — Guía del sindicalista .. .	2.—
LARSON, OSCAR. — Manual de la Asociación de Jó- venes Católicos de Chile .. .. .	4.—
PHILIPPI IZQUIERDO. — El espíritu de la Acción so- cial Católica .. .. .	0,80
PHILIPPI IZQUIERDO. — Política, partidos políticos y corporativismo .. .. .	1.—
BARAHONA SOTOMAYOR. — El problema social de la tuberculosis en Chile .. .. .	1.—
SANTA MARIA, JULIO. — La alimentación de nues- tro pueblo .. .. .	1,20
HAMILTON, CARLOS. — Matrimonio cristiano y di- vorcio civil .. .. .	5.—
MONS. EDWARDS. — Catecismo social .. .. .	0,60
MONS. SILVA SANTIAGO. — Vida moral y religiosa (tela) .. .. .	4,50
MONS. GILBERTO FUENZALIDA. — Cartas Pastora- les (tela) .. .. .	10.—
ULLOA, MIGUEL. — La Acción Católica .. .. .	0,60
Encíclica sobre el Matrimonio Cristiano, de S. S. Pío XI	1,20
SECRETARIADO DE PRENSA. — La Prensa de Chile	4.—

**PROXIMAS PUBLICACIONES DE LA EDITORIAL "SPLENDOR"**

- URIBE. — Metodología y Pedagogía de la enseñanza de Religión.  
 BESSIERES, S. I. — Para reconstruir la sociedad.  
 LABURU, S. I. — Jesucristo y el Matrimonio.

**LIBRERIA Y EDITORIAL "SPLENDOR" de la S. C. C.**  
 Delicias 1626 — Santiago — Tel. 89145 — Cas. 3746.

Talleres "Claret"  
Avenida 10 de Julio 1140  
SANTIAGO.

**Precio \$ 2**



